

LAS DIOSAS DEL TIGRIS Y EL EUFRATES

PUBLICADO POR MARIAH EN 8:32 0 COMENTARIOS  

JUEVES 24 DE ENERO DE 2008

LA MUJER EN LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES HISTÓRICAS: MESOPOTAMIA

De las culturas neolíticas en torno a los ríos Tigris y Eúfrates - actual Irak- y en torno al Nilo, en Egipto, surgieron las dos primeras civilizaciones históricas, llamadas así a raíz de su conocimiento de la escritura.

Mesopotamia (con la sucesión de imperios sumerio, acadio y asirio y la posterior Babilonia) y Egipto crearon grandes imperios en torno a elementos naturales como eran los grandes ríos, y desarrollaron un arte peculiar, reflejo de sus estructuras sociales, económicas, políticas.

Justamente a través del Arte se reflejan las ideas de estas sociedades, las clases sociales, los sistemas de poder y obviamente las relaciones entre sexos.

En Mesopotamia los Codigos de Derecho son valiosas joyas para conocer la situación de la mujer en el entramado social.

Nos encontramos entre el III y II milenio a.d.C., y en la zona del actual Irak, la civilización de Ur y Hattussas, actual Turquía, a todo este territorio afectaba los códigos de leyes que vamos a mencionar.

Las leyes sumerias serán consideradas cuna del derecho y modelos de leyes posteriores; desde las leyes de Ur-Namma del III milenio ac hasta las Leyes Neobabilónicas del 650 a.C.

Parece nada, pero son tres milenios de historia de la humanidad.

No podemos entender estas "leyes" como los cuerpos doctrinales actuales, sino más bien como casos concretos de actuaciones, basados en la costumbre. No eran textos oficiales, aunque fuese el lugal o el ensi quien los redactaba.

Entre los temas tratados nos interesa centrarnos en los llamados delitos sexuales y asuntos relacionados con la mujer ante el matrimonio o la herencia, por ejemplo.

La mujer en los textos legales sumerios la encontramos como esclava. La palabra esclavo estaba compuesta por los términos hombre o mujer más montaña, o bien cabeza; indicando por un lado el origen foráneo del esclavo, es decir extra-urbano, y su llegada al estado como "cabeza" , es decir, como botín de guerra; utilizando en ambos casos el desarraigo como elemento de control.

En los textos sumerios encontramos referencias a esclavas que habían intentado huir y el trato que recibían por ello, estando entre los motivos para huir el deseo de regresar a su localidad de origen.

En muchos casos los amos tomaban a las esclavas como esposas, y los hijos de éstas seguían teniendo la condición de esclavos; pero esto se daba en caso de que la primera esposa fuera esteril o hubiese muerto.

Sólo los hijos de la esclava eran esclavos, pues era la madre la que transmitía la condición de la esclavitud. Si un esclavo se casaba con mujer libre, esta dependencia no era tal y los hijos podían gozar de la condición de libres.

El grupo familiar desarrollaba actividades artesanales, cultivaba la tierra, cuidaba ganado, y poseía un patrimonio que le permitía comprar esclavas. La esclava era un elemento extraño en este grupo, parte del patrimonio, pero podía desestabilizar la familia, con relaciones con el padre o los hijos, por lo que se acordó para proteger la familia, que los hijos de la esclava heredasen la condición de esclavos, sin derecho a la herencia.

Otro elemento importante era la virginidad.

¿Porqué se daba tanta importancia a la virginidad? La hija llevará la dote y será la depositaria de todos los principios, para formar nueva familia, y sobretodo para garantizar el derecho de la sucesión del esposo " la apropiación del utero para sus descendientes" De ahí la fuerte penalización de la violación.

Debemos eliminar las ideas cristianas para entender virginidad o matrimonio, pues la primera está desprovista de todo sentido moral, y el segundo supone la unión de dos seres libres para administrar un patrimonio dentro del cual se podían integrar esclavos y esclavas.

A través del matrimonio las mujeres libres adquirirían por primera vez la condición de propietarias al recibir su dote.

Las sacerdotisas que no se casaban y por tanto no tenían dote, conservaban su derecho a la herencia.

La dote nunca era para el marido, la heredaban los hijos de la mujer, y si no había hijos o en caso de separación del matrimonio, volvía a casa del padre o de los hermanos.

El divorcio se producía entre otras cosas por esterilidad de la esposa. Pero sorprendentemente la mujer que dijera al esposo "no eres mi esposo" sería tirada al río, mientras el esposo bastaría con restituir la dote. La esterilidad suponía el menoscabo de todos los principios sociales que movían al matrimonio, y siempre se entendía femenina, por lo que la mujer no tenía motivos para rechazar al marido y proclamar su divorcio.

Si antes de la infertilidad hubo algún hijo éste se quedará con el padre y la madre repudiada regresaría a la casa del padre, pero en diferentes condiciones, puesto que ya no había posibilidad de volver a tomar marido.

Está condenado por ejemplo hacer abortar a la hija de un hombre libre, pero no a la esposa, lo cual quiere decir que el padre transmite la condición de mujer libre cuando entrega la dote.

De hecho el apaleamiento de una mujer embarazada conllevaba indemnización pagando por media vida, siendo este el valor dado al feto. Pero si la mujer fallecía el agresor sufría la pena capital. Equiparándose el valor de una mujer libre más un feto a la vida de un hombre.

Posteriormente con el Código de Hammurabi se impuso la Ley del Talión ajustando esta desigualdad.

El adulterio era condenado como desestabilizador de la estabilidad de la familia y de la sociedad.

En realidad se atentaba con el adulterio a las bases de la sociedad: la filiación y la unidad de reproducción; por lo tanto el adulterio sólo era condenado en la parte femenina, pues la mujer debía lealtad a su matrimonio y el hombre al matrimonio de los otros hombres. En muchos casos el río decidía si se salvaba o no. Desconocemos si fueron muchas o pocas las mujeres que se salvaron.

Hemos hablado del papel de la mujer integrada en un grupo familiar, madre, esposa, hija como transmisora de la filiación segura al hombre; ahora bien, existía también en el mundo mesopotámico una mujer autónoma, como eran las sacerdotisas, las prostitutas o las dedicadas a profesiones liberales (taberneras, tejedoras..)

Las sacerdotisas eran herederas como los hombres, y trabajaba para el alimento de los dioses con el mismo rango que un sacerdote. El núcleo familiar aquí era el templo. Había artesanos, esclavos, sacerdotes, sacerdotisas. Se vivía para alimentar y cuidar al dios, y las relaciones sexuales eran parte de este cuidado.

Como sumas sacerdotisas de la Diosa Istar o Diosa de la Luna (la Diosa blanca que después veremos en todas las culturas anteriores al cristianismo) participaban cada año en las nupcias sagradas entre Istar y el dios Dumuzi representado por el sumo sacerdote o el Rey (a quien interese la historia mesopotámica y egipcia y la importancia de la interconexión entre reyes y dioses no perderse una joya de la historia antigua "Reyes y Dioses " de Frankfurt) Esta ceremonia era para garantizar la fertilidad de la diosa y de la tierra que en las creencias antiguas formaban un todo , pues todavía no habían llegado las religiones monoteistas para provocar el fuerte divorcio de la humanidad con la naturaleza.

Las sacerdotisas entraban vírgenes al templo y como propiedad del Dios, se les impedía tener hijos, pues esto supondría dispersión del patrimonio además de la suplantación del derecho que sobre ellas tiene el dios masculino y que al fin y al cabo es lo que hace el rey en la hierogamia, como la deshonra de la diosa personificada en la sacerdotisa, o como su servidora, pues mientras las mujeres normales conciben, en la hierogamia la mujer "concibe el mundo entero" y su parto es el renacer del mundo entero en los festivales de primavera.

La sacerdotisa cuando entra en el Templo lleva una dote, de la que será usufructuaria, no propietaria plena, toda su vida, al morir la propiedad revertía en la familia

Las naditum del templo de Marduk no vivían enclaustradas y se podían casar, pero no podían tener hijos

Las nugig eran sacerdotisas de rango inferior, vivían fuera del templo, con funciones ligadas a la sexualidad y la procreación, y se entregaban al acto sexual con fines "cuasimágicos" para asegurar la procreación o la lactancia, pero no podían considerarse "prostitutas sagradas" Eran nodrizas, si queremos asociarlas a una palabra actual.

Por otro lado tenemos las sekretum, mujeres de alto rango enclaustradas, más funcionarias que sacerdotisas encargadas de custodiar el harem del templo y actuaban jurídicamente con el consentimiento del padre.

Las prostitutas, en el sentido que hoy entendemos la palabra, aunque desprovistas de la carga moral negativa, eran las kar.kid, y aparecen en las primeras listas de oficios en la antigua Babilonia 2400 adC.

y se dividen entre las sagradas, vinculadas al servicio del templo y las comerciales; estas últimas estaban asociadas a los espacios públicos de la ciudad, incluso para engendrar heredero para un matrimonio, y el padre se veía obligado a alimentarla a ella y al hijo varón, sin menoscabar la institución del matrimonio legítimo; pero la prostituta no podía vivir bajo el mismo techo ni ser su concubina.

Las prostitutas son nombradas como un oficio mas entre sacerdotisas, doctoras, escribas, barberas, cocineras; pero aparecen como apartadas, sin ningún recurso para sobrevivir que el comercio con su cuerpo. Lo que significa que vivían sin protección de varón, sin "honor"

Uno de los lugares donde se ejercía la prostitución era la "taberna" regentada por otra mujer, con una actividad no ilegal, controlada por el estado, y era considerada administradora y comerciante, siendo el suyo un puesto de respeto social. Disponía de un gran rango de libertad sin estar tutelada por varón.

En general nos encontramos con una sociedad basada en la fertilidad y el patrimonio, que debe ser protegido dentro de un núcleo bien estructurado y si la mujer es la que realmente genera este núcleo mediante la fertilidad, se necesita

un férreo control sobre ella, sobre su sexualidad para que no desequilibre el engranaje económico y social.

Sin embargo se permite a prostitutas y taberneras sobrevivir dentro de este núcleo, mujeres totalmente autónomas, pero cuya independencia se ve afectada en el momento en que tocan la cédula base, pero son las únicas que pueden mirar a los ojos, que pueden equipararse al a diosa Istar, y las únicas que aparecen en la celebre Epopeya de Gilgamesh

Finalmente pensemos en la fiesta más importante del calendario sumerio, atestiguada en la III dinastía de Ur: el Festival de Año nuevo

En esta fiesta se producía la hierogamia entre la sacerdotisa-diosa y el sacerdote-rey, máxima expresión mental de esta sociedad, donde lo importante era la fertilidad la que regia la supervivencia de todos, y esta fertilidad fortalecía el poder de la sociedad, es decir, la diosa sacerdotisa garantizaba la supervivencia de la monarquía

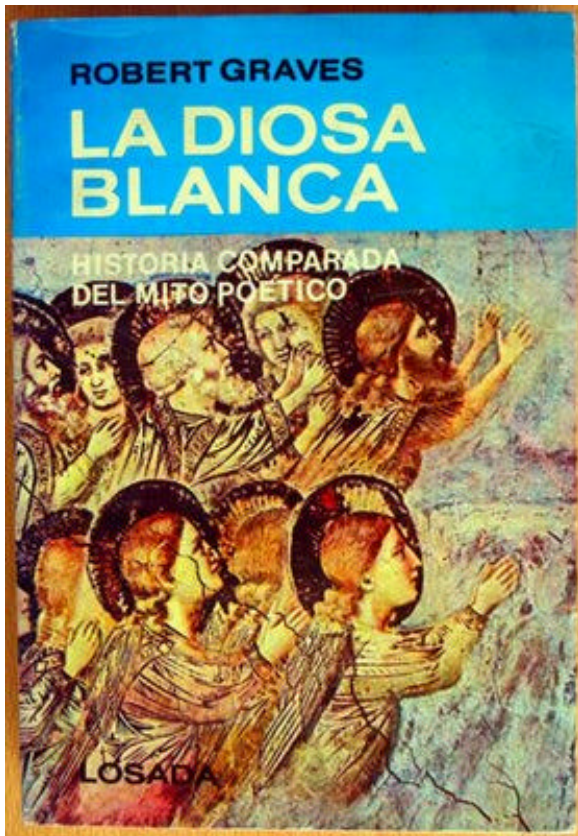
Vinculación entre monarquía y divinidad, donde la divinidad era femenina.

Gracias a tantos trabajos de investigadores, entre ellos el libro en el que he basado este resumen de la situación de la mujer en el mundo mesopotámico:

PROTAI GINAIKES, MUJERES PRÓXIMAS AL PODER EN LA ANTIGÜEDAD.

MITOS GRIEGOS Y LA DIOSA BLANCA

ROBERT GRAVES:



(...) La Europa antigua no tenía dioses.

A la Gran Diosa se la consideraba inmortal, inmutable y omnipotente; y en el pensamiento religioso no se había introducido aun el concepto de la paternidad. Tenía amantes, pero por placer, y no para proporcionar un padre a sus hijos. Los hombres temían, adoraban y obedecían a la matriarca, siendo el hogar que ella cuidaba en una cueva o una choza su más primitivo centro social y la maternidad su principal misterio.

Por lo tanto, la primera víctima de un sacrificio público griego era ofrecida siempre a Hestia, diosa del Hogar.

La imagen blanca y anicónica de la diosa, quizás su emblema más difundido, que aparece en Delfos como el omphalos u ombligo, puede haber representado originalmente el elevado montón blanco de ceniza apretadamente acumulada que encerraba el carbón encendido, y que constituye el medio más fácil de conservar el fuego sin humo.

Más tarde se identificó gráficamente con el montón blanqueado con cal bajo el cual se ocultaba el muñeco de cereal de la cosecha, que se sacaba germinando en la primavera; o con el montón de conchas marinas, o cuarzo, o mármol blanco, bajo el cual se enterraba a los reyes difuntos.

No sólo la luna, sino también (a juzgar por Hemera de Grecia y Grainne de Irlanda) el sol era símbolo celestiales de la diosa. Sin embargo, en la mitología griega más antigua, el sol cede la precedencia a la luna, que inspira el mayor temor supersticioso, no se oscurece al declinar el año y tiene como atributo el poder de conceder o negar el agua a los campos.

Las tres fases de la luna nueva, llena y vieja recordaban las tres fases de doncella, ninfa (mujer núbil) y vieja de la matriarca.

Luego, puesto que el curso anual del sol recordaba igualmente el desarrollo y la declinación de sus facultades físicas -en la primavera doncella, en el verano ninfa y en el invierno vieja- la diosa llegó a identificarse con los cambios de estación en la vida animal y vegetal; y en consecuencia con la Madre Tierra, quien al principio del año vegetativo sólo produce hojas y capullos, luego flores y frutos y al final deja de producir.

Más tarde se la pudo concebir como otra tríada: la doncella del aire superior, la ninfa de la tierra o el mar, y la vieja del mundo subterráneo, representadas, respectivamente, por Selene, Afrodita y Hécate.

Estas analogías místicas fomentaron el carácter sagrado del número tres, y la diosa Luna aumentó hasta nueve sus facetas cuando cada una de las tres personas -doncella, ninfa y anciana- apareció en tríada para demostrar su divinidad.

Sus devotos nunca olvidaron por completo que no existían tres diosas, sino una sola, aunque en la época clásica el templo de Estínfalo en Arcadia era uno de los pocos subsistentes donde todas ellas llevaban el mismo nombre: Hera.

Una vez admitida oficialmente la relación entre el coito y el parto -un relato de este momento decisivo en la religión aparece en el mito hitita del cándido Appu (H. G. Güterbock: Kumarbi, 1946)- la posición religiosa del hombre mejoró poco a poco y se dejó de atribuir a los vientos o los ríos la preñez de las mujeres.

Parece ser que la ninfa o reina tribal elegía un amante anual entre los hombres jóvenes que la rodeaban, un rey que debía ser sacrificado cuando terminaba el año, haciendo de él un símbolo de la fertilidad más bien que el objeto de su placer erótico. Su sangre se rociaba para que fructificasen los árboles, las cosechas y los rebaños, y su carne era, según parece, comida cruda por las ninfas compañeras de la reina -sacerdotisas que llevaban máscaras de perras, yeguas o cerdas.

Luego, como una modificación de esta práctica, el rey moría tan pronto como el poder del sol, con el que se identificaba, comenzaba a declinar en el verano, y otro joven, mellizo suyo, o supuesto mellizo -un antiguo término irlandés muy apropiado es "tanist"- se convertía en el amante de la reina, para ser debidamente sacrificado en pleno invierno y, como recompensa, reencarnarse en una serpiente oracular. Estos consortes adquirirían el poder ejecutivo sólo cuando se les permitía representar a la reina llevando sus vestiduras mágicas.

Así comenzó la monarquía sagrada y, aunque el sol se convirtió en un símbolo de la fertilidad masculina una vez identificada la vida del rey con el curso de sus estaciones, siguió estando bajo la tutela de la Luna, así como el rey siguió bajo la tutela de la reina, al menos en teoría, hasta mucho tiempo después de haber sido superada la fase matriarcal.

Así pues, las brujas de Tesalia (una región conservadora) solían amenazar al Sol, en nombre de la Luna, con envolverlo en una noche perpetua.(Apuleyo, *Metamorfosis*, iii. 16)

Sin embargo, no hay prueba alguna de que, ni siquiera cuando las mujeres ejercían la soberanía en las cuestiones religiosas, se negaran a los hombres algunos campos en los que pudieran actuar sin la supervisión femenina; aunque es muy posible que adoptaran muchas de las características del «sexo débil» hasta entonces consideradas funcionalmente propias del hombre. Se les podía confiar la caza, la pesca, la recolección de ciertos alimentos, el cuidado de manadas y rebaños y la ayuda para defender el territorio tribal contra las intrusas, con tal que no trasgredieran la ley matriarcal. Se elegían jefes de los clanes totémicos y se les concedían ciertos poderes, especialmente en tiempo de migración o guerra. Las reglas para determinar quién debía actuar como supremo

jefe varón variaban, según parece, en los diferentes matriarcados: habitualmente se elegía al tío materno de la reina, o a su hermano, o al hijo de su tía materna. El jefe supremo de la tribu más primitiva tenía también autoridad para actuar como juez en las disputas personales entre hombres, con tal de que no se menoscabase con ello la autoridad religiosa de la reina.

La sociedad matrilineal más primitiva que sobrevive en la actualidad es la de los hogares de la India meridional, donde las princesas, aunque se casan con maridos niños de los que se divorcian inmediatamente, tienen hijos con amantes de cualquier posición social; y las princesas de varias tribus matrilineales del África Occidental se casan con extranjeros o plebeyos.

Las mujeres de la realeza griega pre-helénica también consideraban como cosa corriente tomar amantes entre sus siervos, si las Cien Casas de Lócride y los locros epicefirios no fueron excepcionales. Al principio se calculaba el tiempo por las fases de la luna, y toda ceremonia importante se realizaba en una de esas fases; los solsticios y equinoccios no eran determinados con exactitud sino por aproximación a la siguiente luna nueva o llena. El número siete adquirió una santidad peculiar porque el rey moría en la séptima luna llena después del día más corto. Inclusive cuando, tras una cuidadosa observación astronómica, se demostró que el año solar tenía 364 días, con algunas horas más, hubo que dividirlo en meses -es decir ciclos lunares- antes que en fracciones del ciclo solar. Esos meses se convirtieron más tarde en lo que el mundo de habla inglesa sigue llamando "common-law months" (meses de derecho consuetudinario), cada uno de veintiocho días; el veintiocho era un número sagrado, en el sentido de que la luna podía ser adorada como una mujer, cuyo ciclo menstrual es normalmente de veintiocho días, y que éste es también el verdadero período de las revoluciones de la luna en función del sol. La semana de siete días era una, unidad del mes de derecho consuetudinario, y el carácter de cada día se deducía, al parecer, de la cualidad atribuida al correspondiente mes de la vida del rey sagrado. Este sistema llevó a una identificación todavía más íntima de la mujer con la luna y, puesto que el año de 364 días es exactamente divisible por veintiocho, la serie anual de los festivales populares se podía engranar con esos meses prescritos por la costumbre. Como tradición religiosa, los años de trece meses sobrevivieron entre los campesinos europeos durante más de un milenio después de la adopción del Calendario Juliano; así Robín Hood, quien vivió en la época de Eduardo II, pudo exclamar en una balada que celebraba el festival del Primero de Mayo: "¿Cuántos meses felices hay en el año? Hay trece, digo yo" lo que un editor Tudor ha alterado cambiándolo por «Sólo hay doce, digo...».

Trece, el número del mes de la muerte del sol, nunca ha perdido su mala reputación entre los supersticiosos.

Los días de la semana estaban a cargo de los Titanes: los genios del sol, de la luna y de los cinco planetas descubiertos hasta entonces, que eran responsables de ellos ante la diosa como Creadora.

Este sistema se desarrolló probablemente en la matriarcal Sumeria. Así el sol pasaba por trece etapas mensuales que comenzaban en el solsticio de invierno, cuando los días vuelven a alargarse después de su larga decadencia otoñal. El día extra del año sideral, obtenido del año solar mediante la revolución de la tierra alrededor de la órbita del sol, fue intercalado entre el mes decimotercero y el primero, y se convirtió en el día más importante de los 365, la ocasión en que la ninfa tribal elegía el rey sagrado, generalmente el vencedor en una carrera, una lucha o un torneo de arco. Pero este calendario primitivo sufrió modificaciones: en algunas regiones el día extra parece haber sido intercalado, no en el solsticio

de invierno, sino en algún otro Año Nuevo, en el día de la Candelaria, cuando se hacen evidentes las primeras señales de la primavera; en el equinoccio de primavera, cuando se considera que el sol llega a la madurez; o en el solsticio estival; o en el orto de Sirio, cuando se produce la creciente del Nilo; o en el equinoccio otoñal, cuando caen las primeras lluvias.

La mitología griega primitiva se relaciona, sobre todo, con las cambiantes relaciones entre la reina y sus amantes, que comienzan con sus sacrificios anuales o bianuales y terminan, en la época en que se compuso la *Iliada* y los reyes se jactaban de que «¡Somos mucho mejores que nuestros padres!», con el eclipse de aquélla por una monarquía masculina ilimitada. Numerosas analogías africanas ilustran las etapas progresivas de este cambio. Una gran parte del mito griego es historia político-religiosa. Belerofonte, por ejemplo, doma a Pegaso, el caballo alado, y mata a la Quimera. Perseo, en una variante de la misma leyenda, vuela a través del aire y decapita a la madre de Pegaso, la gorgona Medusa; Marduk, un héroe babilonio, mata a la monstruosa Tiamat, diosa del Mar. El nombre de Perseo debería escribirse Pterseus, «el destructor»; y éste no era, como ha sugerido el profesor Kerenyi, una representación arquetípica de la Muerte, sino que, probablemente, representaba a los helenos patriarcales que invadieron Grecia y el Asia Menor a comienzos del segundo milenio a. de C., y desafiaron el poder de la Triple Diosa. Pegaso le fue consagrado porque el caballo, con sus cascos en forma de luna, figuraba en las ceremonias para producir lluvia y en la instalación de los reyes sagrados; sus alas simbolizaban una naturaleza celestial más bien que la velocidad. Jane Harrison ha señalado (*Prolegomena to the Study of Greek Religion*, Capítulo V) que Medusa era en un tiempo la diosa misma que se ocultaba tras una máscara profiláctica de gorgona: un rostro espantoso cuyo fin era el de prevenir al profano contra la violación de sus Misterios. Perseo decapita a Medusa, es decir, los helenos saquearon los principales templos de la diosa, despojaron a sus sacerdotisas de sus máscaras de gorgonas y se apoderaron de sus caballos sagrados -una representación primitiva de la diosa con cabeza de gorgona y cuerpo de yegua se ha encontrado en Beocia. Belerofonte, el doble de Perseo, mata a la Quimera licia: es decir que los helenos anularon el antiguo calendario medusino y lo reemplazaron con otro. Asimismo, la destrucción por Apolo de Pitón en Delfos parece registrar la captura por parte de los aqueos del templo de la diosa Tierra cretense; y lo mismo se puede decir de la intentada violación de Dafne, a quien Hera metamorfoseó inmediatamente en un laurel. Este mito ha sido citado por psicólogos freudianos como un símbolo del horror instintivo que siente una muchacha por el acto sexual; pero Dafne era todo menos una virgen asustada. Su nombre es una contracción de Daphoene, «la sanguinaria», la diosa en estado de ánimo orgiástico, cuyas sacerdotisas, las Ménades, masticaban hojas de laurel para embriagarse y periódicamente salían corriendo en noches de luna llena asaltando a viajeros incautos y despedazando a niños o animales jóvenes; el laurel contiene cianuro de potasio. Estos colegios de Ménades fueron suprimidos por los helenos y sólo el bosquecillo de laurel testimoniaba que Daphoene había ocupado anteriormente los templos: la masticación de laurel por alguien que no fuera la sacerdotisa profética de Belfos, a la que Apolo conservaba a su servicio en ese templo, estuvo prohibida en Grecia hasta la época romana. Las invasiones helénicas de comienzos del segundo milenio a. de C., llamadas habitualmente eólica y jónica, parecen haber sido menos destructoras que la aquea y la doria, a las que precedieron. Pequeña bandas armadas de pastores que adoraban a la trinidad de dioses aria -Indra, Mitra y Varuna- cruzaron la barrera natural del monte Otris y se adhirieron,

bastante pacíficamente, a las colonias pre-helénicas de Tesalia y Grecia Central. Fueron aceptados como hijos de la diosa local y proporcionaron a ésta reyes sagrados. De este modo una aristocracia militar masculina se reconcilió con la teocracia femenina no sólo en Grecia, sino también en Creta, donde los helenos consiguieron establecerse y exportar la civilización cretense a Atenas y el Peloponeso. Con el tiempo llegó a hablarse el griego en todo el Egeo y, en la época de Herodoto, solamente un oráculo hablaba en un lenguaje pre-helénico (Herodoto: viii, 134-5). El rey actuaba como el representante de Zeus, o Posidón, o Apolo, y se hacía llamar por uno u otro de esos nombres, aunque Zeus fue durante siglos un mero semidiós y no una divinidad olímpica inmortal. Todos los mitos primitivos sobre la seducción de ninfas por los dioses se refieren, al parecer, a casamientos entre caudillos helenos y sacerdotisas de la Luna locales; a los que se oponía enconadamente Hera, o sea el sentimiento religioso conservador. Cuando la brevedad del reinado del rey empezó a resultar fastidiosa se convino en prolongar el año de trece meses hasta el Gran Año de cien lunaciones, al final del cual se produce una casi coincidencia del tiempo solar y el lunar. Pero como todavía había que fructificar los campos y las cosechas, el rey accedía a sufrir una falsa muerte anual y a ceder su soberanía durante un día -el intercalado, que quedaba fuera del año sideral sagrado- al rey niño sustituto, o interrex, que moría a su término y cuya sangre era utilizada para la ceremonia de la aspersión. Luego el rey sagrado, o bien gobernaba durante todo el período de un Gran Año, con un «tanista» como lugarteniente, o los dos reinaban durante años alternos, o bien la reina les permitía dividir el reino en dos mitades y reinar concurrentemente. El rey representaba a la reina en muchas funciones sagradas, se ataviaba con las vestiduras de ella, llevaba pechos falsos, tomaba prestada su hacha lunar como un símbolo de poder e incluso se encargaba de su arte mágico de producir la lluvia. Su muerte ritual variaba mucho en los detalles; podía ser despedazado por mujeres feroces, traspasado con una lanza de pastinaca, derribado con un hacha, pinchado en el talón con una flecha envenenada, arrojado por un acantilado, quemado en una pira, ahogado en un estanque o muerto en un accidente de carro preparado de antemano. Pero debía morir. Se llegó a una nueva etapa cuando los niños fueron sustituidos por animales en el altar del sacrificio y el rey se negaba a morir una vez finalizado su prolongado reinado. Después de dividir el reino en tres partes y de conceder una parte a cada uno de sus sucesores, reinaba durante otro período de tiempo con la excusa de que se había descubierto una aproximación más estrecha del tiempo solar y el lunar, a saber diecinueve años o 325 lunaciones. El Gran Año se había convertido en un Año Mayor. Durante estas etapas sucesivas, reflejadas en numerosos mitos, el rey sagrado seguía manteniendo su posición sólo por derecho de matrimonio con la ninfa tribal, que era elegida bien como resultado de una carrera pedestre entre sus compañeras de la casa real, o bien por ultimogenitura, es decir, por ser la hija núbil más joven de la rama más reciente. El trono seguía siendo matrilineal, como lo era teóricamente incluso en Egipto, y, en consecuencia, el rey sagrado y su «tanista», eran elegidos siempre fuera de la casa real femenina; hasta que algún rey osado decidió por fin cometer incesto con la heredera, considerada como su hija, y conseguir así un nuevo derecho al trono cuando hubiese que renovar su reinado. Las invasiones aqueas del siglo XIII a. de C. debilitaron gravemente la tradición matrilineal. Al parecer, el rey se las ingeniaba para reinar durante toda su vida natural; cuando llegaron los dorios, hacia el final del segundo milenio, la sucesión patriarcal se convirtió en regla. Un príncipe ya no abandonaba la casa de su padre y se casaba con una princesa

extranjera; ella iba a vivir con él, como hizo Penélope convencida por Odiseo. La genealogía se hizo patrilineal, aunque un episodio samio mencionado en la Vida de Homero del pseudo Herodoto demuestra que durante algún tiempo después de que las Apaturias, o sea el Festival del Parentesco Masculino, habían reemplazado al del Parentesco Femenino, los ritos consistían todavía en sacrificios a la Diosa Madre a los que no podían asistir los hombres. Entonces se convino en el sistema familiar olímpico como una transacción entre los puntos de vista helénico y pre-helénico: una familia divina de seis dioses y seis diosas, encabezada por los co-soberanos Zeus y Hera, que formaba un Consejo de Dioses al estilo de Babilonia. Pero tras una rebelión de la población pre-helénica, descrita en la Iliada como una conspiración contra Zeus, Hera quedó subordinada a aquél, Atenea se declaró «totalmente en favor del Padre» y al final Dioniso aseguró la preponderancia masculina en el Consejo desalojando a Hestia. Sin embargo, las diosas, aunque quedaron en minoría, no llegaron nunca a ser excluidas por completo -como lo fueron en Jerusalén- porque los venerados poetas Homero y Hesíodo «habían dado a las deidades sus títulos y distinguido sus diversas incumbencias y facultades especiales». (Herodoto: ii.53), que no podían ser expropiados fácilmente. Es más, el sistema de reunir a todas las mujeres de sangre regia bajo la dirección del rey para desalentar así los posibles atentados de extraños contra un trono matrilineal, adoptado en Roma cuando se fundó el Colegio de las Vestales, y en Palestina cuando el rey David formó su harén regio, nunca llegó a Grecia. La descendencia, la sucesión y la herencia por línea paterna impiden la creación de nuevos mitos; entonces comienza la leyenda histórica y se desvanece a la luz de la historia común. Las vidas de personajes como Heracles, Dédalo, Tiresias y Fineo abarcan varias generaciones, por lo que en realidad son títulos más que nombres de determinados héroes. Sin embargo, los mitos, aunque es difícil conciliarlos con la cronología, son siempre prácticos: insisten en algún punto de la tradición, por mucho que se haya podido deformar el significado en la narración. Tómese, por ejemplo, la confusa fábula del sueño de Éaco, en el que las hormigas que caen de una encina oracular se convierten en hombres y colonizan la isla de Egina después de haberla despoblado Hera. Aquí los puntos más interesantes son: que la encina había nacido de una bellota de Dodona, que las hormigas eran hormigas tesalias y que Éaco era nieto del río Asopo. Estos elementos se combinaron para proporcionar una historia concisa de las inmigraciones a Egina hacia el final del segundo milenio a. C. A pesar de la semejanza de desarrollo en los mitos griegos, todas las interpretaciones minuciosas de leyendas detalladas estarán abiertas a discusión hasta que los arqueólogos puedan proporcionar una tabulación más exacta de los movimientos tribales en Grecia y de sus fechas. Sin embargo, el examen histórico y antropológico es el único razonable; la teoría de que la Quimera, la Esfinge, la Gorgona, los Centauros, los Sátiros y otros seres parecidos son precipitaciones ciegas del inconsciente colectivo jungiano a las que nunca se ha atribuido, ni se podía atribuir, un significado preciso, es desmostrablemente falsa. Las edades del bronce y la primitiva del hierro en Grecia no fueron la infancia de la humanidad, como indica el Dr. Jung. El que Zeus se tragara a Metis, por ejemplo, y luego diera a luz a Atenea a través de un orificio abierto en su cabeza, no es una fantasía irreprimible, sino un ingenioso dogma teológico que incluye por lo menos tres opiniones contradictorias entre sí: 1) Atenea era la hija partenogénica de Metis; es decir la persona más joven de la Tríada encabezadas por Metis, diosa de la Sabiduría. 2) Zeus tragó a Metis; es decir que los aqueos suprimieron su culto y atribuyeron toda la sabiduría a Zeus como su dios patriarcal. 3) Atenea era hija

de Zeus; es decir que los aqueos adoradores de Zeus no destruyeron los templos de Atenea a condición de que sus adoradores aceptaran la soberanía suprema de Zeus. La deglución de Metis por Zeus, con su consecuencia, tenía que ser representada gráficamente en las paredes de un templo; y así como el erótico Dioniso -en otro tiempo hijo partenogénico de Semele- renació de su muslo, también la intelectual Atenea renació de su cabeza. Si algunos mitos desconciertan a primera vista ello se debe con frecuencia a que el mitógrafo ha interpretado mal, accidental o deliberadamente, una imagen sagrada o un rito dramático. Yo he llamado a ese procedimiento «iconotropía» y se pueden encontrar ejemplos de ella en todos los cuerpos de literatura sagrada que ponen el sello sobre una reforma radical de creencias antiguas. El mito griego abunda en ejemplos iconotrópicos. Las mesas de taller con tres patas, de Hefesto, por ejemplo, que se trasladaban por sí solas a las asambleas de los dioses y volvían del mismo modo (Iliada, XVIII. 368 y ss.), no son, como sugiere sutilmente el Dr. Charles Seltman en su *Twelve Olympian Gods*, anticipaciones de los automóviles, sino discos del Sol dorados con tres patas cada uno (como el emblema de la isla de Man), y representan, al parecer, el número de los años de tres estaciones durante los cuales se permitía reinar a un «hijo de Hefesto» en la isla de Lemnos. Asimismo el llamado «Juicio de Paris», en el que se apela a un héroe para que decida entre los encantos rivales de tres diosas y otorgue su manzana a la más bella, es el testimonio de una antigua situación ritual superada en la época de Homero y Hesíodo. Esas tres diosas en tríada: Atenea, la doncella; Afrodita, la ninfa; y Hera, la anciana son una sola diosa, y es Afrodita quien ofrece la manzana a Paris, no ella quien la recibe de él. Esta manzana, que simboliza su amor comprado por Paris al precio de su vida, será el pasaporte de este para los Campos Elíseos, los huertos de manzanas del occidente en los que sólo son admitidas las almas de los héroes. Un don análogo se ofrece con frecuencia en el mito irlandés y gales, del mismo modo en que las Tres Hespérides lo ofrecen a Heracles y Eva «la Madre de Todo lo Viviente» a Adán. Así Némesis, diosa del bosquecillo sagrado que en el mito posterior se convirtió en un símbolo de la venganza divina sobre los reyes orgullosos, lleva una rama de la que cuelga una manzana, su don a los héroes. Todos los paraísos de las edades neolítica y de bronce son islas llenas de huertos; la propia palabra paraíso debería significar «huerto». La verdadera ciencia del mito debería comenzar con un estudio de la arqueología, la historia y la religión comparada, no en el consultorio del psicoterapeuta. Aunque jungianos sostienen que «los mitos son revelaciones originales de la psique preconscious, informes involuntarios acerca de acontecimientos psíquicos inconscientes», el contenido de la mitología griega no era más misterioso que las modernas caricaturas electorales, y en su mayor parte fue formulada en territorios que mantenían estrechas relaciones políticas con la Creta minoica, país lo bastante sofisticado como para contar con archivos escritos, edificios de cuatro pisos con un sistema de cañerías higiénicas, puertas con cerraduras de aspecto moderno, marcas de fábrica registradas, ajedrez, un sistema central de pesos y medidas y un calendario basado en pacientes observaciones astronómicas. (...) La población de Akan es el resultado de una antigua emigración hacia el sur de bereberes de Libia -primos de los pobladores pre-helénicos de Grecia- desde los oasis del desierto del Sahara y sus casamientos en Tombuctú con negros del río Níger. En el siglo XI d. de Cristo, avanzaron todavía más hacia el sur, hasta lo que es ahora Ghana. Cuatro tipos de culto diferentes subsisten entre ellos. En el más primitivo adoran a la Luna como la suprema, triple diosa Ngame, claramente idéntica a la Neith libia, la

Tanit cartaginesa, la Anatha cananea y la Atenea griega primitiva. Se dice que Ngame dio a luz los cuerpos celestiales por sus propios esfuerzos y que luego dio vida a los hombres y animales arrojando flechas mágicas con su arco en forma de luna nueva a sus cuerpos inertes. También se dice de ella, en su aspecto homicida, que quita la vida, como hacía su equivalente la diosa Luna Ártemis. A una princesa de linaje real se la juzga culpable, en épocas inestables, de ser vencida por la magia lunar de Ngame y parir una divinidad tribal que fija su residencia en un templo y conduce a un grupo de emigrantes a alguna región nueva. Esta mujer se convierte en reina madre, jefe en la guerra, juez y sacerdotisa de la colonia que funda. Entretanto la divinidad se ha revelado como un animal totémico protegido por un tabú riguroso, aparte de la cacería anual y el sacrificio de un ejemplar único; esto arroja luz sobre la cacería de la lechuza que realizaban anualmente los pelagosos en Atenas. Entonces se forman estados que consisten en federaciones tribales, y la divinidad tribal más poderosa se convierte en el dios del Estado. El segundo tipo de culto señala la coalescencia de Akan con los adoradores sudaneses de un dios Padre, Odomankoma, quien pretendía haber creado el universo por sí solo; los dirigían, al parecer, caudillos varones elegidos y habían adoptado la semana de siete días sumeria. Como un mito de transacción, se dice ahora que Ngame dio vida a la creación muerta de Odomankoma; y cada divinidad tribal se convierte en una de las siete potencias planetarias. Estas potencias planetarias -como he supuesto que sucedió también en Grecia cuando llegó del Oriente el culto de los Titanes- forman parejas de varón y hembra. La reina madre del Estado, como representante de Ngame, realiza un casamiento sagrado anual con el representante de Odomankoma, es decir su amante elegido, a quien, al terminar el año, los sacerdotes matan y desuellan. La misma práctica parece haber prevalecido entre los griegos. En el tercer tipo de culto el amante de la reina madre se convierte en rey y es venerado como el aspecto masculino de la Luna, análogamente al dios fenicio Baal Haman; y un muchacho que desempeña el papel de rey muere en substitución de él cada año. La reina madre delega entonces los poderes de principal funcionario ejecutivo en un visir y se concentra en sus propias funciones fertilizantes rituales. En el cuarto tipo de culto el rey, habiendo conseguido el homenaje de varios reyezuelos, abroga su aspecto de dios Luna y se proclama rey Sol al estilo egipcio. Aunque sigue celebrando el casamiento sagrado anual, se libera de la dependencia de la Luna. En esta etapa el casamiento patrilocal reemplaza al matrilocal, y a las tribus se les proporciona antepasados varones heroicos a los que puedan adorar, como sucedió en Grecia, aunque la adoración del sol nunca desalojó allí a la adoración del trueno. Entre los akan, cada cambio en el ritual de la corte queda señalado por una agresión al mito aceptado de los acontecimientos celestiales. Así, si el rey ha nombrado a un portero real para dar más lustre a su oficio lo ha casado con una princesa, se anuncia que un portero divino del Cielo ha hecho lo mismo. Es probable que el casamiento de Heracles con la diosa Hebe y su designación como portero de Zeus reflejara un acontecimiento análogo en la corte de Micenas; y que los banquetes divinos en el Olimpo reflejaran celebraciones análogas en Olimpia bajo la presidencia conjunta del rey supremo de Micenas, semejante a Zeus, y la suma sacerdotisa de Hera en Argos.

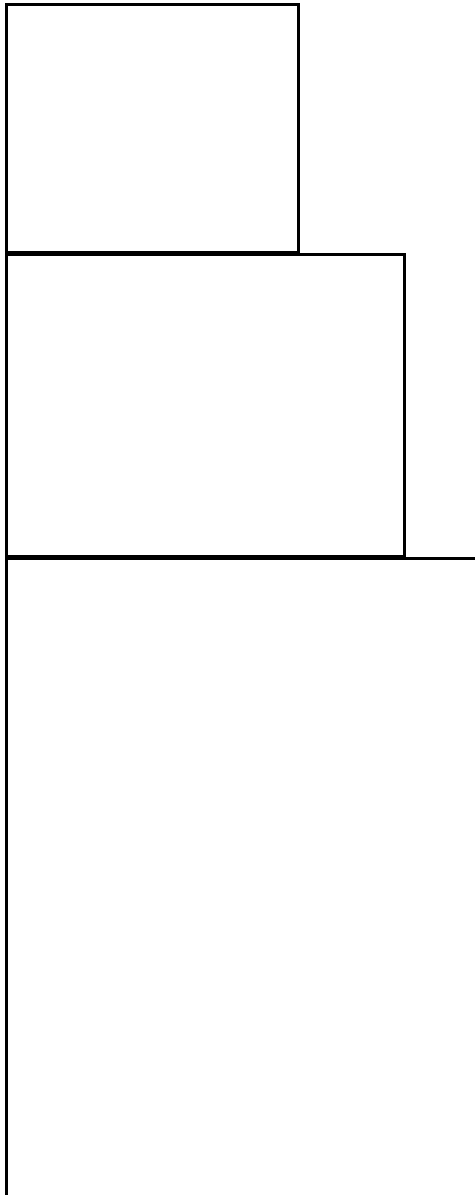
"Los Mitos Griegos" Robert Graves

PUBLICADO POR MARIAH EN 4:58 0 COMENTARIOS

PUBLICADO POR MARIAH EN 3:06 0 COMENTARIOS 

MIÉRCOLES 23 DE ENERO DE 2008

La cerámica neolítica



La agricultura y el sedentarismo son posibles gracias a la posibilidad de conservar los alimentos, en una interconexión entre todos los elementos la Revolución Neolítica permitió uno de los cambios más rotundos de la historia de la humanidad, pero también uno de los más lentos. No podemos entender esta revolución como se entiende la Industrial, mucho más rápida y espectacular. La cerámica surgió en varias culturas alejadas entre sí miles de kilómetros. La más antigua procede de Japón y está datada sobre el 10500 a.C. Algo más tarde aparece en el subcontinente indio, y entre el 8000 y el 7700 a.C. aparecen en Próximo Oriente (Tell Mureybet) unos vasos cilíndricos con decoración incisa. No es hasta el 6000 a.C. que la cerámica aparece en el Mediterráneo. Esta aparición es sin duda "la mejor manifestación de la respuesta de las sociedades neolíticas a las exigencias de las nuevas formas de vida" Seguramente, antes de la invención de la cerámica, sus funciones fueron asumidas por recipientes de madera o cestería, que muy probablemente fueran

menos duraderos y resistentes. Principalmente, la cerámica neolítica es de producción local, por lo que podemos encontrar una inmensa variedad de formas y decoraciones. Hasta que el comercio no se empieza a practicar (las fechas varían según las zonas), no se encuentran piezas en un lugar que procedan de otro. Además, la cerámica se utilizará para revestir paredes y suelos, para construir silos, sillares, para elaborar complementos como collares y pulseras, para el vestido, etc., ya que se podía encontrar la materia prima (el barro) en cualquier momento y lugar.

El proceso de elaboración de cerámica es lento, requiere tiempo, paciencia, personas dedicadas a esta labor.

La más elemental lógica nos lleva a las creadoras de las vasijas neolíticas, no hablamos de "los" ceramistas neolíticos, sino de "las" ceramistas. Al César lo que es del César. Con la llegada del Cristianismo a la Sociedad Occidental tendremos ocasión de observar la desaparición del género femenino en todo proceso creador, pero durante millones de años la mujer fue un elemento social importante, esa "apropiación del útero" no fue fulminante ni se hizo sin resistencia.

De hecho en el más cerrado control masculino, como era la España del Franquismo, yo he escuchado decir a mi abuela " Qué ganas de irme a una isla desierta"... oh..oh..

el cuarto propio ¿no?...un lugar sin hijos, sin marido, para ser únicamente mujer. La renuncia nunca fue total.

PUBLICADO POR MARIAH EN 3:51 0 COMENTARIOS

MATRIARCADO Y MATRILINEALIDAD

Definición de mito, matriarcado y matrilineal

Mito (Del griego μῦθος). 1. m. Narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heroico. Con frecuencia interpreta el origen del mundo o grandes acontecimientos de la humanidad. 2. m. Historia ficticia o personaje literario o artístico que condensa alguna realidad humana de significación universal. 3. m. Persona o cosa rodeada de extraordinaria estima. 4. m. Persona o cosa a las que se atribuyen cualidades o excelencias que no tienen, o bien una realidad de la que carecen.

Matriarcado. (De matriarca). 1. m. Organización social, tradicionalmente atribuida a algunos pueblos primitivos, en que el mando residía en las mujeres. 2. m. Predominio o fuerte ascendente femenino en una sociedad o grupo.

Matrilineal. 1. adj. Antrop. Dicho de una organización social que se basa en el predominio de la línea materna.

A pesar de no estar en el enunciado del tema, recordaremos los significados de las palabras patriarcado y patrilineal.

Patriarcado. 1. m. Dignidad de patriarca. 2. m. Territorio de la jurisdicción de un patriarca. 3. m. Tiempo que dura la dignidad de un patriarca. 4. m. Gobierno o autoridad del patriarca. 5. m. Sociol. Organización social primitiva en que la autoridad es ejercida por un varón jefe de cada familia, extendiéndose este poder a los parientes aun lejanos de un mismo linaje. 6. m. Sociol. Período de tiempo en que predomina este sistema.

Patrilineal. 1. adj. Antrop. Se dice de una organización social en la que predomina la línea paterna.

Para abordar el mito del cambio entre las sociedades matriarcales (término cuestionado pues en los tiempos del paleolítico los conceptos de gobierno o poder

eran desconocidos como nosotros los conocemos hoy) a las sociedades patriarcales debemos tener en cuenta todos estos conceptos y no mezclarlos. Intentaré sintetizar un tema arduo, pero interesantísimo, el papel de la mujer en la prehistoria y su evolución:

Hasta el VII milenio a.C. (Neolítico), las comunidades humanas aseguraban su supervivencia mediante la caza, la pesca, la recolección de frutos y bayas. Eran nómadas.

Las mujeres eran las responsables de la procreación de la especie, la educación y de la recolección.

La relación económica y social entre ambos sexos eran igualitarias.

A partir del VII milenio a.C., la situación cambia.

La mujer, encargada de la recolección y cuidado de los niños debido a la fragilidad de los cachorros de esta especie durante un periodo de tiempo mucho más largo que otras especies, la mujer ha descubierto que una semilla enterrada en el suelo genera una planta, y esta planta más semillas, y más frutos. Las posibilidades de que la mujer descubriera la agricultura siendo recolectora son mucho más elevadas que lo hiciera el hombre siendo cazador.

El hombre asume el control sobre el cultivo, la cría de ganado y sobre la propiedad de terrenos y animales.

La palabra PROPIEDAD de animales conlleva un descubrimiento importante para la procreación. Mediante la observación de los animales en cautividad, llegan al descubrimiento del papel del hombre en la procreación, hasta entonces no considerado, y de la importancia del control del útero femenino para controlar su estirpe y su herencia.

El papel de la mujer entonces queda relegado a la procreación, la crianza de los hijos y el tratamiento de productos cultivados y/o recogidos.

La diferenciación de roles sociales se hace mayor cada vez.

PUBLICADO POR MARIAH EN 2:55 0 COMENTARIOS

MIÉRCOLES 16 DE ENERO DE 2008

Tránsito de las culturas matrilineales a la patriarcal

A mediados de la década de los 70, dentro del movimiento feminista de Estados Unidos, Zsuzsanna Budapest y Starhawk vincularon la tradición de las Diosas y de las brujas con las luchas por los derechos de las mujeres, creando junto a otras investigadoras de lo Sagrado Femenino una corriente espiritual cuya cosmovisión y práctica ritual no provenía de ninguna iglesia o religión judeocristiana.

Así surgió el Movimiento de la Diosa, la Witchcraft y la Espiritualidad Femenina que celebra a la Gran Diosa inmanente en la naturaleza, en las mujeres y en las relaciones culturales que surgen de esa cosmovisión. Una espiritualidad que nos ha devuelto a las mujeres el derecho a la libertad de culto de lo Divino Femenino sin una autoridad religiosa masculina o gurú iluminado que defina en qué deben creer las mujeres y cómo hacerlo. Más bien, fueron las mujeres las que se apropiaron de ese derecho recreando la antigua religión de la Diosa con proyecciones políticas, sexuales, de género, ecológicas y comunitarias que estuvieron presentes en las tradiciones de las brujas, sacerdotisas y chamanas en la Europa precristiana y en otros sitios donde la Gran Diosa expresaba las potencialidades de los cuerpos, almas, mentes y creaciones de las mujeres de manera positiva, otorgando libertad, dignidad y poder de vinculación con otros sin subordinación sexual.

El pecado original, la culpa de Eva, el Dios padre, el Diablo y la necesidad de redención de la naturaleza caída no forman parte de esta cosmovisión ancestral. Hasta entonces las religiones que mayoritariamente las mujeres conocían y practicaban eran espiritualidades y teologías creadas y dirigidas por varones, centradas en figuras masculinas como Yahveh, Jesús, Alá, Krisna, Buda; donde la discriminación y desvalorización de las mujeres y de lo divino femenino se mantenía sin modificaciones desde hacia siglos. Con todo, dos milenios de cristianismo, por ejemplo, es un tiempo relativamente corto si se lo compara con **el culto a la Gran Diosa, adorada a partir del Paleolítico Superior, 20 mil años a. C. y en el Neolítico agrícola, 7 mil años a. C., hasta las culturas clásicas de la antigüedad y los primeros siglos del cristianismo.** Y aún cuando Constantino había cerrado los templos de las Diosas y declarado al cristianismo la religión oficial, los pueblos de Europa seguían practicando el culto de lo Divino Femenino con distintos nombres y ritos lunares, estacionales y chamánicos. Entonces, la Iglesia creó un sistema de persecución, tortura y muerte inimaginable para erradicar esta religiosidad tan arraigada en la vida de la gente común y que posicionaba a las mujeres en un lugar de respeto y dignidad, especialmente a las brujas como sacerdotisas de ritos lunares y agrícolas, parteras, conocedoras de hierbas sanadoras y anticonceptivas y de técnicas chamánicas de visión sagrada, como personas con poder personal, social y espiritual dentro de las comunidades.

En 1976, Merlin Stone publicó "Cuando Dios era Mujer" abriendo el camino a una serie de estudios sobre la influencia de las religiones en la dignificación o en la opresión de las mujeres. Aquel libro fue pionero e inspiró otras investigaciones que reinterpretaban mitos, tradiciones, ritos y evidencias arqueológicas y antropológicas sobre la religión de las diosas prepatriarcales, realizados por Barbara Walker, Mónica Sjöö, Riane Eisler, Caitlin Matthews, Mary Daly, Vicky Noble, Charlene Spretnak, Carol Christ y las citadas Budapest y Starhawk. La espiritualidad feminista cuenta con el trabajo arqueológico de Marija Gimbutas, quien dirigió excavaciones en Europa Central y del Este, sacando a la luz evidencias de la Civilización de la Diosa -como ella la llamó- que evolucionó entre el 6 mil 500 y el 3 mil 500 a. C., de manera independiente de la Mesopotamia, como una sociedad pacífica que no construía armas de guerra y se dedicaba a la agricultura, el arte, el comercio y la religión, y en la que -según evidencias funerarias- no había una jerarquización de los géneros.

Mujeres y varones se percibían como hijos de una Madre Origen común, la Gran Diosa, vivenciando algún tipo de igualdad de géneros. Gimbutas interpretó numerosas estatuillas de la Diosa, objetos rituales y de la vida cotidiana en los que se expresa esa cosmovisión sagrada asociada a los ciclos de la luna, de la mujer, de la naturaleza, de la conciencia humana y de todos los seres vivos con el arquetipo de la Diosa Pájaro-Serpiente creadora, la Diosa Sustentadora (del cereal, la agricultura y la cultura) y la Diosa de la Muerte y el Renacimiento. Una trinidad femenina más antigua que la cristiana o la hindú, por ejemplo, celebrada junto a sus hijas/os y consortes. Esta investigadora de origen lituano, hizo una lectura arqueomitológica, encontrando que las simbologías sagradas y arquetípicas de las diosas de culturas posteriores ya estaban presentes en los asentamientos neolíticos. Gimbutas destacó la continuidad de la cosmovisión de la Diosa neolítica procedente de las "Venus" paleolíticas de las/los sapiens recolectoras y cazadores de las cavernas y su pervivencia en las tradiciones de las diosas posteriores al Neolítico que conocemos con el nombre de Eurínome, Gea, Ártemis, Hécate, Atenea, Isis, Nut, Maat, Inanna, Ishtar, Alat, Aserá, Rhea,

Deméter, Perséfone, Diana, Juno, Minerva, Eire, Brigid, Freya, Baba Yagá, las Musas, las Parcas, las Gracias, entre muchas otras. Gimbutas comprobó la tesis de Jean Ellen Harrison, experta en mitología griega de Cambridge en los años 30, la primera en señalar que las diosas griegas procedían de una época histórica preolímpica anterior y que el casamiento de Hera con Zeus no existió en sus orígenes. Ese casamiento forzado, más bien reflejaba el tránsito, a veces dramático y violento, de las culturas matrilineales a la patriarcal luego de una conquista armada y una inversión de los mitos de origen. Incluso diferenciaba a los dioses guerreros de los agrícolas de la edad matrilineal: Hermes, Pan, Dionisio, indicándonos que el culto a las diosas no excluía lo Sagrado Masculino pero tampoco adoraba a un dios padre guerrero y dominante, ni a deidades masculinas que violaban y mataban a diosas y a mujeres como sucede en los mitos tardíos, surgidos de aquella conquista y reforma. Para Harrison los mitos griegos eran intentos, a veces groseros y desesperados, para cambiar la tradición de la Gran Madre por propaganda política-religiosa como es el mito de Atenea naciendo de la cabeza de Zeus, armada como una guerrera, reemplazando a la ancestral Atenea, una deidad sin padre, patrona de la sabiduría y la inteligencia y así presentar a los dioses "archipatriarcales" (como Harrison los calificó) como primigenios, mejores y supremos. Robert Graves difundió fuera del ámbito académico el trabajo de Harrison pero fue Gimbutas la que proporcionó las pruebas arqueológicas de las olas invasoras patrilineales como así también la cosmovisión cultural y religiosa de la Gran Diosa hasta entonces considerada por muchos como simples "cultos de fertilidad". Por su parte, la antropóloga Margaret Murray presentó pruebas de la tradición de las brujas como un chamanismo europeo cuyos orígenes se remontan a los chamanes/as paleolíticos y siberianos. Las neojunguianas Silvia Brinton Perera, Marion Woodman, Jean Shinoda Bolen y Clarissa Pinkola Estés, realizaron una tarea similar a la arqueológica a fin de desenterrar el arquetipo de la Gran Diosa de las profundidades del inconsciente personal y colectivo de las mujeres adonde la cultura y el ego patriarcal lo habían recluso, reprimiéndolo para que las diosas no otorgaran poder espiritual, emocional y cultural al cuerpo, la sexualidad, la libertad y la conciencia de las mujeres. Para las junguianas, los mitos tardíos como el de Atenea naciendo de la cabeza de Zeus se hicieron carne en las mujeres que fueron educadas según el ideario femenino de la mentalidad patriarcal, teniendo que adoptar en los últimos tiempos modos patriarcales a fin de ser reconocidas como "Hijas del Padre" y tener éxito profesional o intelectual.

PUBLICADO POR MARIAH EN 4:01 0 COMENTARIOS

Perlas de la misoginia mundial

Desde el Libro Sagrado de la India hasta filósofos que ocupan tronos de reyes en la historia de la inteligencia y cultura humanas, el desprecio a la mujer ha formado parte de sus memorables pensamientos y manuales de conducta.

Filosofía, moralidad, Constituciones políticas, teóricos religiosos de todos los credos y colores se hermanan en una lucha común: la mujer.

En el siglo IV después de Cristo un Congreso de hombres "sabios" decidieron otorgar alma a la mujer, por dos votos de diferencia, después de leer los comentarios siguientes, y teniendo en cuenta que era considerado un ser con espíritu, imaginad si aquellos dos del Sí al alma hubiesen estado en la cama con gripe el día del Congreso.

"Aunque la conducta del esposo sea censurable, aunque este se de a otros amores, la mujer virtuosa debe reverenciarlo como a un Dios. Durante la infancia, una mujer debe depender de su padre, al casarse de su esposo, si él mismo

muere, de sus hijos y si no lo tiene, de su soberano. Una mujer nunca debe gobernarse a sí misma."

Leyes de Manu (el Libro Sagrado de la India)

"La mujer que se niegue al deber conyugal deberá ser tirada al río."

Constitución Nacional Sumeria (civilización mesopotámica, siglo XX A.C.)

"Cuando una mujer tenga conducta desordenada y deje de cumplir sus obligaciones del hogar, el esposo puede someterla a esclavitud. Este servicio puede, incluso, ser ejercitado en el hogar de un acreedor de su esposo y, durante el periodo en que dura, es lícito para él (el esposo) contraer un nuevo matrimonio"

Código de Hamurabi (Constitución Nacional de Babilonia, otorgado por el rey Hamurabi, que lo concibió bajo inspiración divina, siglo XVII A.C.)

"La mujer debe venerar al hombre como a un Dios. Toda mañana, por nueve veces consecutivas, ella debe arrodillarse a los pies del esposo y, de brazos cruzados, preguntarle: Señor, qué desea usted que haga?"

Zaratustra (filósofo Pérsico, siglo V A.C.)

"Las mujeres, los esclavos y los extranjeros no son ciudadanos."

Pericles (ateniense político demócrata, siglo V A.C., uno de los ciudadanos más brillantes de la civilización griega)

"La mujer es de lo más corrupto y corruptible que hay en el mundo." Confucio (filósofo chino, siglo V A.C.) "La naturaleza sólo hace mujeres cuando no puede hacer hombres. La mujer es, por lo tanto, un hombre inferior."

Aristóteles (filósofo, guía intelectual y preceptor griego de Alejandro Magno, siglo IV A.C.)

"Que las mujeres se queden calladas en las iglesias, porque no es permitido hablar. Si ellas quieren ser instruidas sobre algún punto, que interroguen en casa a sus esposos."

San Pablo (apóstol cristiano, año 67 D. C.)

"Los hombres están sobre las mujeres porque Alá les otorgó la primacía sobre ellas. Por lo tanto, da a los varones el doble que le des a las mujeres. Los esposos que sufran la desobediencia de sus mujeres pueden castigarlas: desde dejarlas solas en sus camas, hasta incluso golpearlas. No llegó al hombre mayor calamidad que la mujer."

El Corán (libro sagrado de los musulmanes, escrito por Mahoma en el siglo VI, bajo la inspiración divina)

"Para el buen orden de la familia humana, unos tendrán que ser gobernados por otros más sabios que aquellos; de ahí la mujer, más flaca en cuanto al vigor del alma y de fuerza corporal, está sujeta por naturaleza al hombre, en que la razón predomina."

Santo Tomás de Aquino (italiano, uno de los teólogos católicos más grandes de la humanidad, siglo XIII)

"Enemigo de la paz, fuente de inquietud, causa de riñas que destruyen toda tranquilidad, la mujer es el propio diablo."

Petrarca (poeta italiano del Renacimiento, siglo XIV)

"El peor adorno que una mujer puede pretender tener es ser sabia."

Lutero (teólogo alemán, protestante reformador, siglo XVI)

"Los niños, los idiotas, los locos y las mujeres no pueden y no tienen capacidad para efectuar negocios."

Enrique VIII (rey de Inglaterra, líder de la Iglesia anglicana, siglo XVI)

"Mientras hayan hombres sensatos sobre la tierra, las mujeres letradas morirán solteras."

Jean-Jacques Rousseau (escritor francés, precursor del Romanticismo, uno de los mentores de la Revolución Francesa, siglo XVIII)

"Todos las mujeres que seduzcan y lleven al matrimonio a los súbditos de Su Majestad por medio del uso de perfumes, pinturas, dientes postizos, pelucas y relleno de caderas, incurren en delito de brujería y el matrimonio queda automáticamente anulado."

Constitución Nacional Inglesa (ley del siglo XVIII)

"La mujer puede ser educada, mas su mente no es adecuada para las ciencias mas elevadas, como la filosofía y algunas artes."

Friederich Hegel (filósofo e historiador alemán del siglo XIX)

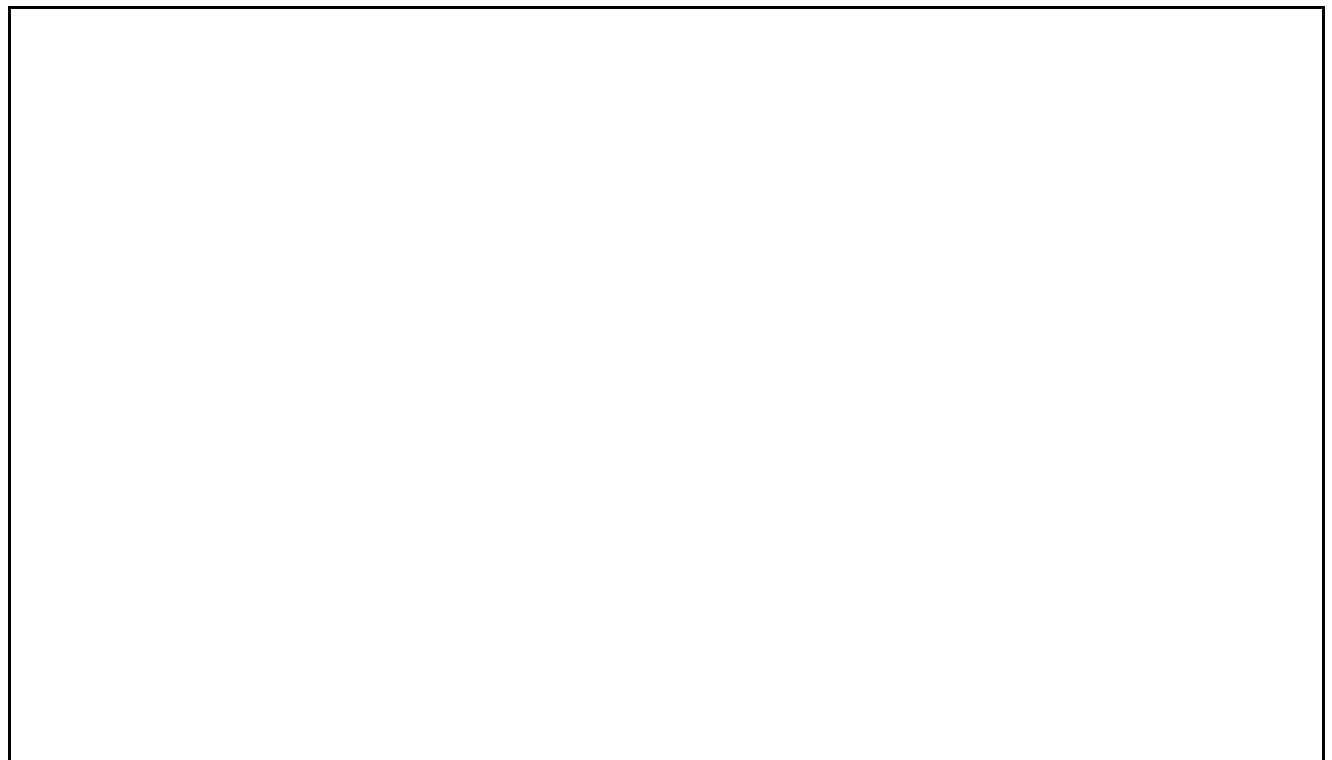
"Cuando un hombre sea reprendido en público por una mujer, él tiene derecho a derribarla de un puñetazo, darle un puntapié y romperle la nariz para que así, desfigurada, no se deje ver, avergonzada de su cara. Y esto es bien merecido, por dirigirse al hombre con maldad en el lenguaje usado."

Le Menagier de París (Tratado de Conducta Moral y Costumbres de Francia, siglo XIX)

PUBLICADO POR MARIAH EN 1:01 0 COMENTARIOS

DOMINGO 13 DE ENERO DE 2008

STONE AGE' S WOMEN



If what the archaeologists tell us is true, that Stone Age societies survived through hunting and gathering, the chances are the women looked more like Ms. Welch than Ms. Willendorf whose obesity would have greatly impaired her ability to move around foraging and gathering.

The chances are, a Stone Age woman, much like the women in hunter-gatherer tribes today (such as the !Kung of the Kalahari Desert in South Africa), would not have had the opportunity to get that fat, unless, of course, she had some special

status. She evidently did not need to gather, or hunt, but must have been catered to and had her needs met by others.

Significantly, none of the few Paleolithic male figures in sculpture or in engraved images is shown corpulent. If the woman of Willendorf was a special female, who might she have been?

The life-like treatment of both the overall form of a fat woman and such details as the figure's knees and the dimples where the upper arm meets the chest, has caused at least one writer to suggest that a real woman served as the sculptor's model.

If this were in fact the case, that the "Venus" of Willendorf is not an idol or a goddess but an actual woman, then she was clearly a woman whose specialness is indicated by her obesity and also by the fact that someone, a man or a woman, went to great pains to produce a likeness of her. But the likeness, if such it is, is noticed only in the torso and perhaps in her hairstyle; otherwise she has no face, unnaturally thin arms, and no feet.

The fact that numerous examples of this type of female figure, all generally exhibiting the same essential characteristics - large stomachs and breasts, featureless faces, miniscule or missing feet - have been found over a broad geographical area ranging from France to Siberia, suggests that some system of shared understanding and perception of a particular type of woman existed during the Paleolithic.

Images of women, mostly figurines of the same type as the "Venus" of Willendorf, all dating to the Paleolithic period, far outnumber images of men. This has led to speculation about the place of women in Stone Age society.

Some have argued that these female figures denote the existence during this period of a prominent female deity identified usually as the Earth Mother or the Mother Goddess. On the basis of this assumption, it has been suggested that, unlike today, women played a considerably more important, if not dominant, role in Paleolithic society; that possibly a matriarchy existed and women ruled.

The "Venus" of Willendorf may be a representation at once of the Mother Goddess and a special living woman; one represented in the form or guise of the other, although which came first is impossible to know. Lacking written documentation, such claims are difficult to support or refute.

The concept of an Earth Mother or Mother Goddess or Great Goddess derives primarily from the Greeks. In the *Theogony*, written in the early 7th century BCE, the poet Hesiod named the "deep-breasted" Earth Gaea, "a firm seat of all things for ever," who, after emerging out of Chaos, brought forth "starry Ouranus" (the sky), Mountains, the sea, and, after having lain with Ouranus, a number of non-cosmological Titans.

Plato (c. 427-347 BCE) in the *Timaeus* (40e) calls her Ge. According to Pausanias in his *Description of Greece* (2nd century CE), there was an altar and sanctuary dedicated to Gaia (the Gaeum) at Olympia (V.14.10), and another, known as the Gaeus, near Aegae in Achaia (VII.25.13). There was also a sanctuary of Earth the Nursing-Mother near the entrance to the Acropolis in Athens (I.22.3).

The Romans worshipped her as Tellus, or Terra Mater, whom Varro (116-27 BCE) called "the Great Mother."

Tellus or Terra Mater (detail from the Ara Pacis Augustae, Rome) image source
In *De rerum natura*, the Latin poet Lucretius (died c. 55 BCE) calls the earth Tellus and refers several times to her as Mother Earth or the Great Mother,

stating that "she alone is called Great Mother of the gods [Magna deum Mater], and Mother of the wild beasts, and maker of our bodies" (II.597-599).

The cult of the Great Mother [Magna Mater], later identified with the mother-goddess Cybele (and by the Greeks as Rhea), was established in Rome by the 3rd century BCE. The Greek satirist Lucian (120-c.190 CE) mentions the "Great Mother" in his dialogue *Saturnalia* (12).

A measure of her prominence in the pagan world is the space St. Augustine (354-430 CE) devotes to attacking her worship in *The City of God Against the Pagans* (VII, 24).

Largely suppressed during the Christian period, she emerges again in the 18th century when references are made to the female Earth as Mother Goddess.

Interest in the Earth Mother and the Great Mother increased significantly in the 19th century. Besides the classical sources attesting to her worship, the 19th century became aware of the many contemporary tribal peoples who worshipped the Earth as a female deity.

In 1861, in the first volume of his book *Das Mutterrecht* ['The Mother Right'] [see BIBLIOGRAPHY] the Swiss anthropologist Johann Jacob Bachofen (1815-1887) argued that the matriarchate or gynococracy found among tribal peoples, where authority in both the family and the tribe was in the hands of the women, was to be associated with the worship of a supreme female earth deity.

When these ideas became meshed with Charles Darwin's theory of evolution, laid out in 1859 in his *On the Origin of Species*, there emerged the view that human evolution must have passed through an earlier matriarchal stage.

Though controversial, this view posed no serious threat to patriarchal order.

Indeed, in the context of arguments developed by the social Darwinists in the later 19th and early 20th centuries, it nicely demonstrated the superiority and evolutionary "fitness" of patriarchy over matriarchy. The fact that matriarchy was to be found in the contemporary world only among "primitive" tribal peoples only served to substantiate this claim.

It was against this background of ideas that archaeologists working at the end of the 19th century and the beginning of the 20th century saw the newly discovered Paleolithic "Venus" figurines, and which permitted an interpretation of them as representations of the Mother Goddess.

Despite the lack of evidence, beyond the appearance of the figurines themselves, ancient Greek cosmogonies, and the spurious connection with much later tribal practices, numerous scholars have nonetheless felt free to extend the idea of an Earth Goddess or Mother Goddess into the prehistoric past and to claim that Stone-Age peoples had believed in her as a universal deity.

Other scholars, however, have rejected these ideas as a basis for interpretation and have pointed out, for example, the lack of obvious signs of divinity in the figurines. But, again, lacking written documentation these claims either way are difficult to support or refute.

Although the paradigm of the "Venus" of Willendorf as Mother Goddess persists, in recent years the figurine has also been interpreted as possibly functioning in a more gynaecological context, perhaps serving as a charm or amulet of some kind for women in connection with fertility.

At the time of its discovery, the statuette showed traces of red ochre pigment, which has been thought to symbolize, or serve as a surrogate of, the menstrual blood of women as a life-giving agent, as is the case in later traditions.

The emphasis given to the "Venus" of Willendorf's vulva and the possibility that the red ochre served as a blood substitute suggest that the figurine may have

served some purpose in connection with female menstruation.

If the "Venus" of Willendorf was made to function within this sort of context, it would place the figurine emphatically within the sphere of the female. This would increase the possibility that it was carved not by a man, but by a woman.

PUBLICADO POR MARIAH EN 7:30 0 COMENTARIOS

Las Venus

VENUS PALEOLÍTICAS



Podemos contemplar hasta ahora más de 200 figurillas femeninas del paleolítico. "Están talladas en materiales como: piedra, calcita, hematita, oolita, serpentina, esteatita, carbón, marfil, hueso, en asta de reno y modeladas en arcilla"

Las primeras representaciones humanas de la historia son "estas figurillas grabadas, en bulto redondo o en bajorrelieve, que representan mujeres dispares, esbeltas u obesas, embarazadas o sin gravidez, adolescentes o ancianas, de pie, sentadas, tumbadas o en cuclillas, con el rostro más o menos figurado, con cabellos y / o tocado o sin ellos..."

Le Roy MacDermott (1996) apunta que **las representaciones femeninas fueran ejecutadas por mujeres desde la perspectiva de sí mismas más que de modelos de otras. Se trataría, pues, de autorretratos realizados por mujeres...** "MacDermott concluye que las figurillas representaban ordinariamente reflejos de los propios cuerpos femeninos en diferentes estadios de la vida, proporcionando información obstétrica y ginecológica a las mujeres (autoconocimiento del propio cuerpo) (María Encarna Sanahuja Yll en "Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria", 2002).

1ª- VENUS DE WILLENDORF:

Baja Austria: tiene el cuerpo impregnado de ocre. A pesar de no tener marcados los rasgos de su cara, podemos apreciar un cráneo ovoide, una frente huidiza, una proyección maxilar acusada y ausencia de mentón. Hace mucho tiempo que sospechaba de esta representación, pero al verla de perfil derecho, en la fotografía de la portada del libro "**Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria**", **mis dudas se despejaron: nos hallamos ante la representación de una mujer neandertal realizada por una mujer neandertal.**

Fue hallada en 1908 por el arqueólogo Josef Szombathy cerca de la ciudad de Willendorf.

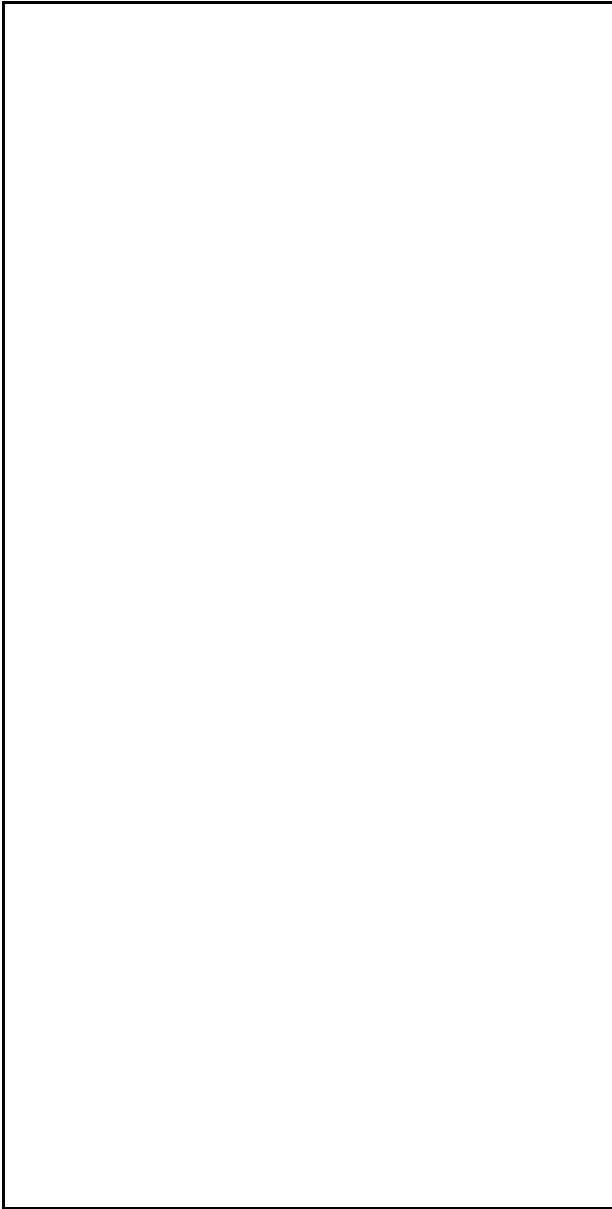
La escultura (en bulto redondo) tiene residuos de pintura marrón, ocre, rojiza; mide 10,5 cm de altura (otros autores tienen 11,1 cm); está realizada sobre piedra calcárea (caliza oolítica).

Su cronología oscila entre los 32.000 - 29.000 - 26.000 - 22.000 años antes del presente; se encontró formando parte de un amontonamiento de ofrendas en un

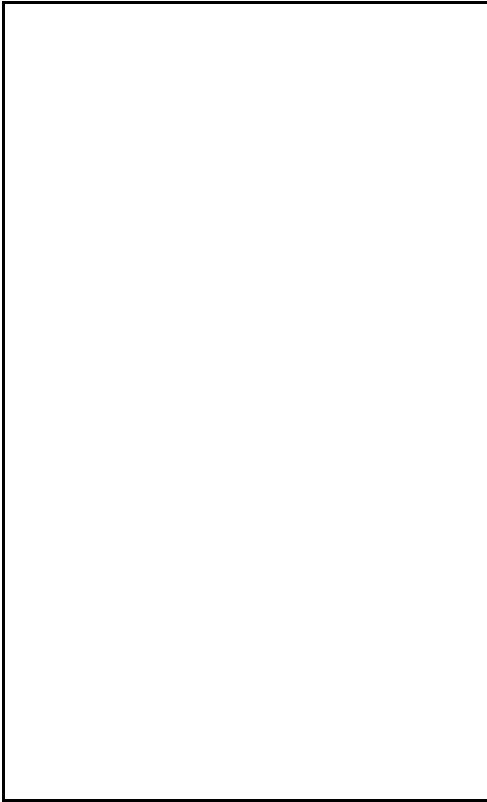
fondo de cabaña. Actualmente se conserva en el Museo de Historia Natural de Viena.



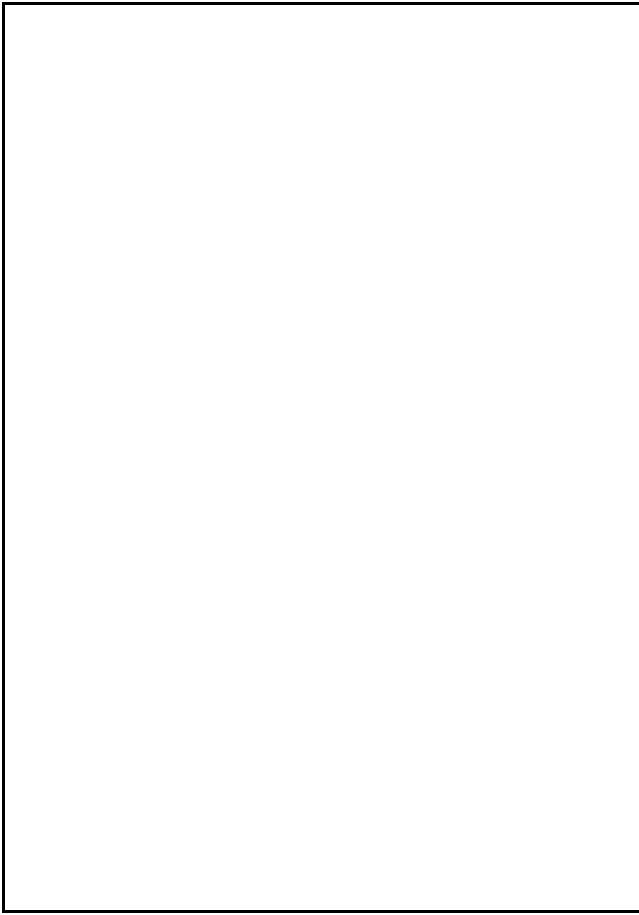
2ª- VENUS DE GRIMALDI O LA POLICHINELA: Fue hallada entre 1883 y 1895 en la cueva del Príncipe (Grimaldi, Liguria, Italia). Mide 8,1 cm de altura, está tallada en esteatita verde y su cronología es de unos 22.000 años. Presenta cabeza ovoide, proyección maxilar y frente huidiza terminada en un “moño”; se aprecian un ojo y una gran narizota. Esta figura ginecomorfa representa típicamente a una mujer neandertal. Industria musteriense de la facies Ferrasie aparece en varios hogares de las Cuevas de Grimaldi



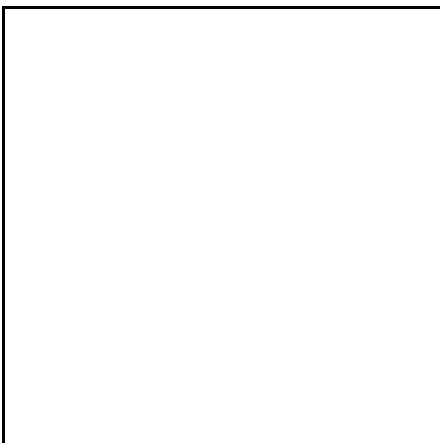
3ª- VENUS DE MENTON, Grimaldi, Liguria, Italia: estatuilla en esteatita ambarina, encontrada hacia 1880 en la Barma Grandey adquirida por Solomon Reinach en 1896 para el M. N. A. francés. Mide 4,8 cm. Fechada hacia el año 40.000 antes de nuestra era. Tiene cabeza ovoide, frente huidiza y proyección maxilar.



.4ª- VENUS DE LAUSSEL O DE LA CORNE: fue descubierta en el año 1911 por el Doctor Lalane en la Dordoña francesa. Se trata de un bloque esculpido en bajorrelieve, con restos de colorante rojo, sobre caliza representando a una mujer que sostiene un cuerno de bisonte en la mano derecha y la izquierda reposa sobre el vientre. La figura mide 46 cm de altura, tiene 27.000- 22.000 años de antigüedad. Su cara, no definida, se presenta de perfil derecho, la frente es claramente huidiza y el cráneo ovoide. Otro bloque (Museo de Aquitania) procedente de Laussel ofrece una figuración femenina de características neandertaloides mucho más nítidas que la anterior (pag. 284 de "Arte y grafismo de la Europa prehistórica" de Andre Leroi Gourham). En Laussel se han descubierto 4 bloques calizos con bajorrelieves en un abrigo.



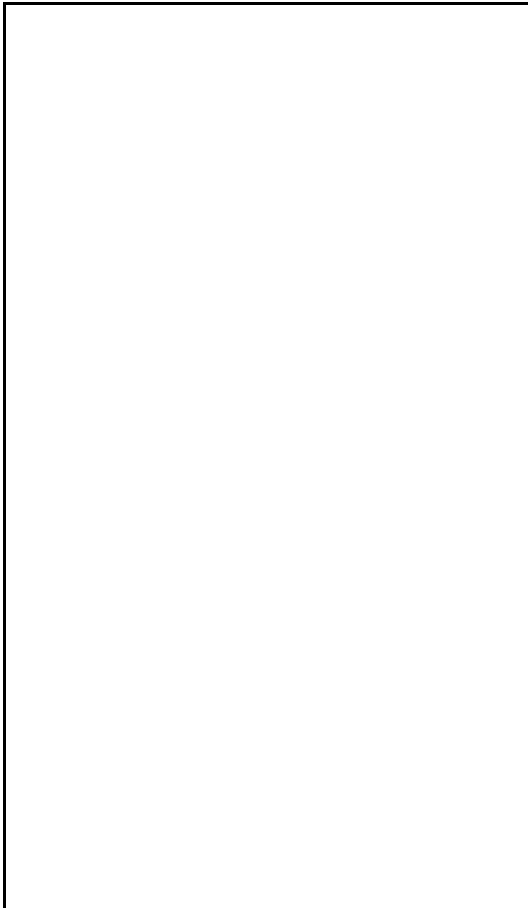
5ª- DAMA DE BRASSEMPOUY O VENUS DE LA CAPUCHA, Landas, Francia: cabeza de estatuilla de venus tallada en marfil, mide 3,65cm de altura (otros 3,5 y 3,7 cm), tiene restos de pintura y debió tener pintados los labios y los ojos. Encontrada por Edouard Piette en la llamada Cueva del Papa en 1894, se conserva en el museo de Saint Germain- en Laye. Se la ha adjudicado una antigüedad entre 35.000 y 30.000 años (perigordienne). Fotografía de perfil en la pag. 32 de “El origen de la humanidad” de Nestor Albessard, 1969. Posee cabeza ovoide, proyección maxilar y frente huidiza.



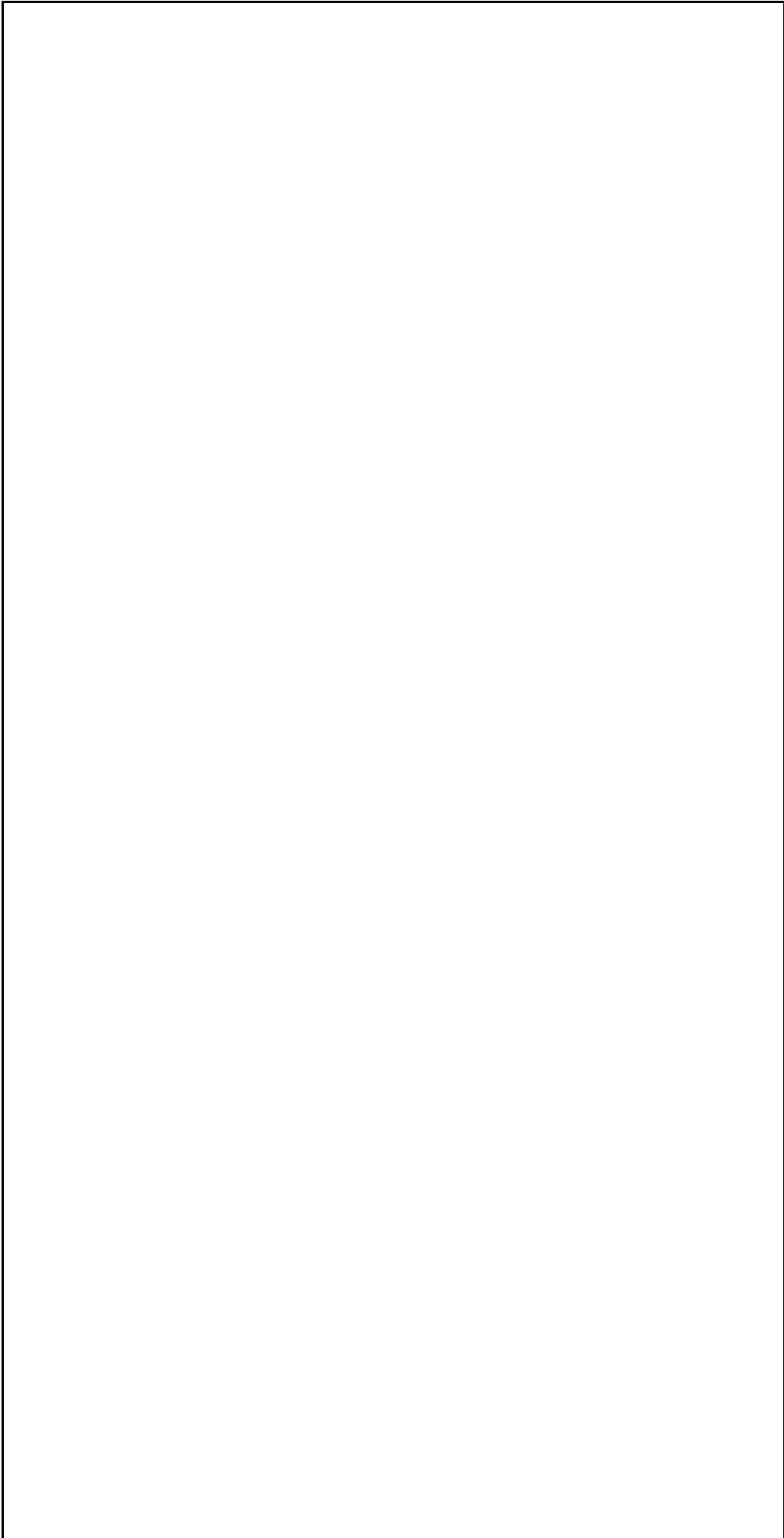
6ª- VENUS DE LESPUGUE (ó Lespugne), Des Rideaux, Alto Garona: mide 14,7 cm, está tallada en marfil de mamut, fue descubierta en 1922, datación auriñaciense superior. Puede verse en el Museo del Hombre de París. Fue

encontrada en cueva y presenta cabeza ovoide, frente huidiza y proyección maxilar.

7ª- VENUS DE GAGARINO Nº-1, Tambov, Ucrania: mide 5,8 cm, presenta cabeza ovoide, frente huidiza y proyección maxilar. Lavenus Nº- 3 también presenta cabeza ovoide. En total se descubrieron 8 estatuillas en la excavación de Zamiatrine (1927) y 6 en la de Tarassov (1962 – 1968). Encontradas en fondos de cabaña a 1,5 m de profundidad.

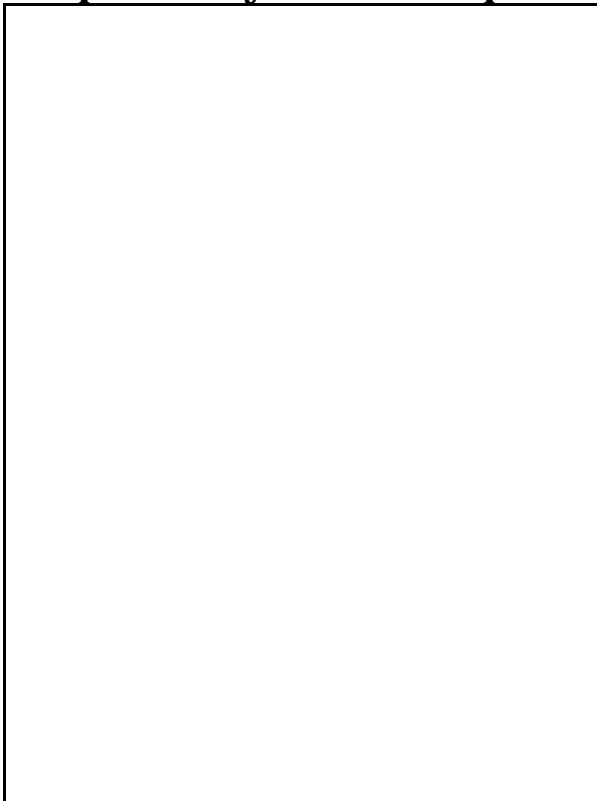


9ª- VENUS DE KOSTIENKI, Voronezh, Rusia: 5 figurillas, la Nº-1 mide 11,4 cm, tallada en marfil, tiene cabeza ovoide. La venus Nº- 4 está tallada en piedra caliza, mide 10,2 cm y unos 24.000 – 21.000 años de antigüedad . La Nº- 3 también presenta cabeza ovoide. Fueron descubiertas por el arqueólogo soviético Efimenki entre 1923 y 1931



PUBLICADO POR MARIAH EN 6:19 0 COMENTARIOS

Las pintoras y escultoras paleolíticas



Tenemos el cerebro tan lavado con el patriarcado, con el dominio masculino sobre la sociedad que leímos en libros de arte " el brujo en la parte más recóndita de la cueva utilizando sangre de animales, carbón..." y no nos hemos preguntado jamás : por qué no la bruja, la jefa de la tribu, la mujer chamán...

Eran tiempos de matriarcado, de dominio absoluto de lo femenino en la sociedad. La mujer era símbolo de seguridad, de fertilidad, de continuidad de la especie. Los hombres iban a cazar, eran más fuertes físicamente, pero no por ello ejercieron el dominio social, fuerza física no implicaba control como sucedió en otras culturas "históricas " (me gustará discutir el término prehistoria más adelante) donde la mujer fue relegada a la condición de los niños y los ancianos, es decir, las personas no útiles social y económicamente.

Si el hombre pasaba el tiempo cazando, quiere decir que pasaba tiempo fuera, empeñado en labores de gran esfuerzo físico y gran peligrosidad, muchos de ellos permanecerían gran parte del tiempo curando las heridas sufridas en los enfrentamientos con las fieras que servirían de alimento.

Cuesta creer que uno de estos cazadores se sentara tranquilamente a esculpir una estatutilla femenina de la fertilidad. Una Venus redondeada, con todos los rasgos de la feminidad.

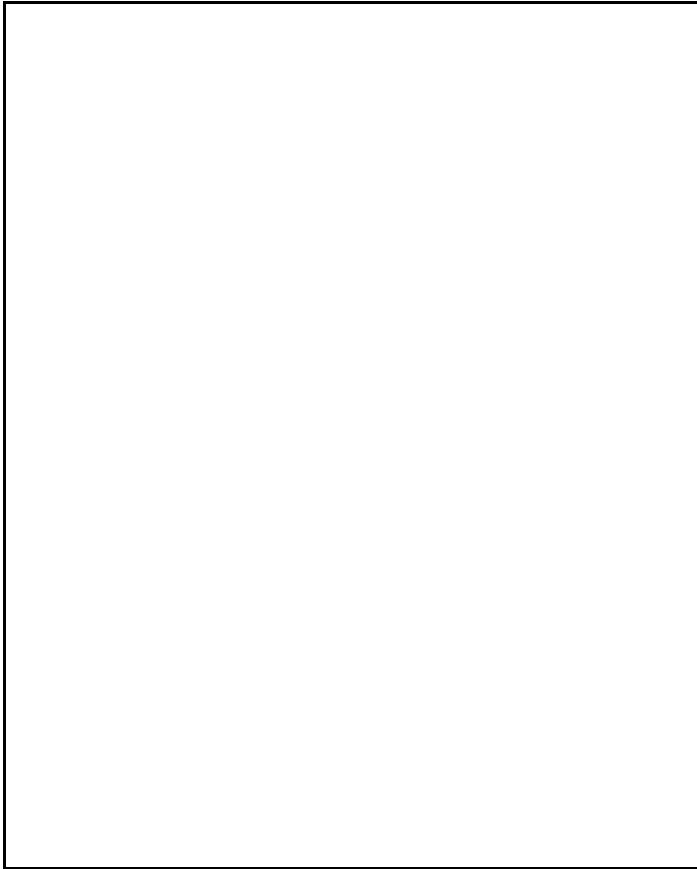
Cuesta creer porque no fueron ellos. Fueron ellas.

Las anónimas esculturas y pintoras fueron las hembras de la especie.

La historia del Arte la iniciaron las mujeres.

PUBLICADO POR MARIAH EN 4:16 0 COMENTARIOS

Virginia Wolf: A room of one's own



A room of one's own

ONE

But, you may say, we asked you to speak about women and fiction—what, has that got to do with a room of one's own? I will try to explain. When you asked me to speak about women and fiction I sat down on the banks of a river and began to wonder what the words meant. They might mean simply a few remarks about Fanny Burney; a few more about Jane Austen; a tribute to the Brontës and a sketch of Haworth Parsonage under snow; some witticisms if possible about Miss Mitford; a respectful allusion to George Eliot; a reference to Mrs Gaskell and one would have done. But at second sight the words seemed not so simple. The title women and fiction might mean, and you may have meant it to mean, women and what they are like, or it might mean women and the fiction that they write; or it might mean women and the fiction that is written about them, or it might mean that somehow all three are inextricably mixed together and you want me to consider them in that light. But when I began to consider the subject in this last way, which seemed the most interesting, I soon saw that it had one fatal drawback. I should never be able to come to a conclusion. I should never be able to fulfil what is, I understand, the first duty of a lecturer to hand you after an hour's discourse a nugget of pure truth to wrap up between the pages of your notebooks and keep on the mantelpiece for ever. All I could do was to offer you an opinion upon one minor point—a woman must have money and a room of her own if she is to write fiction; and that, as you will see, leaves the great problem of the true nature of woman and the true nature of fiction unsolved. I have shirked the duty of coming to a conclusion upon these two questions—women and fiction remain, so far as I am concerned, unsolved problems. But in order to make some amends I am going to do what I can to show you how I arrived at this opinion

about the room and the money. I am going to develop in your presence as fully and freely as I can the train of thought which led me to think this. Perhaps if I lay bare the ideas, the prejudices, that lie behind this statement you will find that they have some bearing upon women and some upon fiction. At any rate, when a subject is highly controversial—and any question about sex is that—one cannot hope to tell the truth. One can only show how one came to hold whatever opinion one does hold. One can only give one's audience the chance of drawing their own conclusions as they observe the limitations, the prejudices, the idiosyncrasies of the speaker. Fiction here is likely to contain more truth than fact. Therefore I propose, making use of all the liberties and licences of a novelist, to tell you the story of the two days that preceded my coming here—how, bowed down by the weight of the subject which you have laid upon my shoulders, I pondered it, and made it work in and out of my daily life. I need not say that what I am about to describe has no existence; Oxbridge is an invention; so is Fernham; 'I' is only a convenient term for somebody who has no real being. Lies will flow from my lips, but there may perhaps be some truth mixed up with them; it is for you to seek out this truth and to decide whether any part of it is worth keeping. If not, you will of course throw the whole of it into the waste-paper basket and forget all about it.

Here then was I (call me Mary Beton, Mary Seton, Mary Carmichael or by any name you please—it is not a matter of any importance) sitting on the banks of a river a week or two ago in fine October weather, lost in thought. That collar I have spoken of, women and fiction, the need of coming to some conclusion on a subject that raises all sorts of prejudices and passions, bowed my head to the ground. To the right and left bushes of some sort, golden and crimson, glowed with the colour, even it seemed burnt with the heat, of fire. On the further bank the willows wept in perpetual lamentation, their hair about their shoulders. The river reflected whatever it chose of sky and bridge and burning tree, and when the undergraduate had oared his boat through the reflections they closed again, completely, as if he had never been. There one might have sat the clock round lost in thought. Thought—to call it by a prouder name than it deserved—had let its line down into the stream. It swayed, minute after minute, hither and thither among the reflections and the weeds, letting the water lift it and sink it until—you know the little tug—the sudden conglomeration of an idea at the end of one's line: and then the cautious hauling of it in, and the careful laying of it out? Alas, laid on the grass how small, how insignificant this thought of mine looked; the sort of fish that a good fisherman puts back into the water so that it may grow fatter and be one day worth cooking and eating. I will not trouble you with that thought now, though if you look carefully you may find it for yourselves in the course of what I am going to say.

But however small it was, it had, nevertheless, the mysterious property of its kind—put back into the mind, it became at once very exciting, and important; and as it darted and sank, and flashed hither and thither, set up such a wash and tumult of ideas that it was impossible to sit still. It was thus that I found myself walking with extreme rapidity across a grass plot. Instantly a man's figure rose to intercept me. Nor did I at first understand that the gesticulations of a curious-looking object, in a cut-away coat and evening shirt, were aimed at me. His face expressed horror and indignation. Instinct rather than reason came to my help, he was a Beadle; I was a woman. This was the turf; there was the path. Only the Fellows and Scholars are allowed here; the gravel is the place for me.

Such thoughts were the work of a moment. As I regained the path the arms of the Beadle sank, his face assumed its usual repose, and though turf is better walking than gravel, no very great harm was done. The only charge I could bring against the Fellows and Scholars of whatever the college might happen to be was that in protection of their turf, which has been rolled for 300 years in succession they had sent my little fish into hiding.

What idea it had been that had sent me so audaciously trespassing I could not now remember. The spirit of peace descended like a cloud from heaven, for if the spirit of peace dwells anywhere, it is in the courts and quadrangles of Oxbridge on a fine October morning. Strolling through those colleges past those ancient halls the roughness of the present seemed smoothed away; the body seemed contained in a miraculous glass cabinet through which no sound could penetrate, and the mind, freed from any contact with facts (unless one trespassed on the turf again), was at liberty to settle down upon whatever meditation was in harmony with the moment. As chance would have it, some stray memory of some old essay about revisiting Oxbridge in the long vacation brought Charles Lamb to mind—Saint Charles, said Thackeray, putting a letter of Lamb's to his forehead. Indeed, among all the dead (I give you my thoughts as they came to me), Lamb is one of the most congenial; one to whom one would have liked to say, Tell me then how you wrote your essays? For his essays are superior even to Max Beerbohm's, I thought, with all their perfection, because of that wild flash of imagination, that lightning crack of genius in the middle of them which leaves them flawed and imperfect, but starred with poetry. Lamb then came to Oxbridge perhaps a hundred years ago. Certainly he wrote an essay—the name escapes me—about the manuscript of one of Milton's poems which he saw here. It was LYCIDAS perhaps, and Lamb wrote how it shocked him to think it possible that any word in LYCIDAS could have been different from what it is. To think of Milton changing the words in that poem seemed to him a sort of sacrilege. This led me to remember what I could of LYCIDAS and to amuse myself with guessing which word it could have been that Milton had altered, and why. It then occurred to me that the very manuscript itself which Lamb had looked at was only a few hundred yards away, so that one could follow Lamb's footsteps across the quadrangle to that famous library where the treasure is kept. Moreover, I recollected, as I put this plan into execution, it is in this famous library that the manuscript of Thackeray's ESMOND is also preserved. The critics often say that ESMOND is Thackeray's most perfect novel. But the affectation of the style, with its imitation of the eighteenth century, hampers one, so far as I can remember; unless indeed the eighteenth-century style was natural to Thackeray—a fact that one might prove by looking at the manuscript and seeing whether the alterations were for the benefit of the style or of the sense. But then one would have to decide what is style and what is meaning, a question which—but here I was actually at the door which leads into the library itself. I must have opened it, for instantly there issued, like a guardian angel barring the way with a flutter of black gown instead of white wings, a deprecating, silvery, kindly gentleman, who regretted in a low voice as he waved me back that ladies are only admitted to the library if accompanied by a Fellow of the College or furnished with a letter of introduction. That a famous library has been cursed by a woman is a matter of complete indifference to a famous library. Venerable and calm, with all its treasures safe locked within its breast, it sleeps complacently and will, so far as I am concerned, so sleep for ever. Never will I wake those echoes, never will I ask for that hospitality again, I vowed as I descended the steps in anger. Still an hour

remained before luncheon, and what was one to do? Stroll on the meadows? sit by the river? Certainly it was a lovely autumn morning; the leaves were fluttering red to the ground; there was no great hardship in doing either. But the sound of music reached my ear. Some service or celebration was going forward. The organ complained magnificently as I passed the chapel door. Even the sorrow of Christianity sounded in that serene air more like the recollection of sorrow than sorrow itself; even the groanings of the ancient organ seemed lapped in peace. I had no wish to enter had I the right, and this time the verger might have stopped me, demanding perhaps my baptismal certificate, or a letter of introduction from the Dean. But the outside of these magnificent buildings is often as beautiful as the inside. Moreover, it was amusing enough to watch the congregation assembling, coming in and going out again, busying themselves at the door of the chapel like bees at the mouth of a hive. Many were in cap and gown; some had tufts of fur on their shoulders; others were wheeled in bath-chairs; others, though not past middle age, seemed creased and crushed into shapes so singular that one was reminded of those giant crabs and crayfish who heave with difficulty across the sand of an aquarium. As I leant against the wall the University indeed seemed a sanctuary in which are preserved rare types which would soon be obsolete if left to fight for existence on the pavement of the Strand. Old stories of old deans and old dons came back to mind, but before I had summoned up courage to whistle—it used to be said that at the sound of a whistle old Professor —— instantly broke into a gallop—the venerable congregation had gone inside. The outside of the chapel remained. As you know, its high domes and pinnacles can be seen, like a sailing-ship always voyaging never arriving, lit up at night and visible for miles, far away across the hills. Once, presumably, this quadrangle with its smooth lawns, its massive buildings and the chapel itself was marsh too, where the grasses waved and the swine rootled. Teams of horses and oxen, I thought, must have hauled the stone in wagons from far countries, and then with infinite labour the grey blocks in whose shade I was now standing were poised in order one on top of another. and then the painters brought their glass for the windows, and the masons were busy for centuries up on that roof with putty and cement, spade and trowel. Every Saturday somebody must have poured gold and silver out of a leathern purse into their ancient fists, for they had their beer and skittles presumably of an evening. An unending stream of gold and silver, I thought, must have flowed into this court perpetually to keep the stones coming and the masons working; to level, to ditch, to dig and to drain. But it was then the age of faith, and money was poured liberally to set these stones on a deep foundation, and when the stones were raised, still more money was poured in from the coffers of kings and queens and great nobles to ensure that hymns should be sung here and scholars taught. Lands were granted; tithes were paid. And when the age of faith was over and the age of reason had come, still the same flow of gold and silver went on; fellowships were founded; lectureships endowed; only the gold and silver flowed now, not from the coffers of the king. but from the chests of merchants and manufacturers, from the purses of men who had made, say, a fortune from industry, and returned, in their wills, a bounteous share of it to endow more chairs, more lectureships, more fellowships in the university where they had learnt their craft. Hence the libraries and laboratories; the observatories; the splendid equipment of costly and delicate instruments which now stands on glass shelves, where centuries ago the grasses waved and the swine rootled. Certainly, as I strolled round the court, the foundation of gold and silver seemed deep enough; the pavement laid solidly over the wild grasses. Men

with trays on their heads went busily from staircase to staircase. Gaudy blossoms flowered in window-boxes. The strains of the gramophone blared out from the rooms within. It was impossible not to reflect—the reflection whatever it may have been was cut short. The clock struck. it was time to find one's way to luncheon. It is a curious fact that novelists have a way of making us believe that luncheon parties are invariably memorable for something very witty that was said, or for something very wise that was done. But they seldom spare a word for what was eaten. It is part of the novelist's convention not to mention soup and salmon and ducklings, as if soup and salmon and ducklings were of no importance whatsoever, as if nobody ever smoked a cigar or drank a glass of wine. Here, however, I shall take the liberty to defy that convention and to tell you that the lunch on this occasion began with soles, sunk in a deep dish, over which the college cook had spread a counterpane of the whitest cream, save that it was branded here and there with brown spots like the spots on the flanks of a doe. After that came the partridges, but if this suggests a couple of bald, brown birds on a plate you are mistaken. The partridges, many and various, came with all their retinue of sauces and salads, the sharp and the sweet, each in its order; their potatoes, thin as coins but not so hard; their sprouts, foliated as rosebuds but more succulent. And no sooner had the roast and its retinue been done with than the silent servingman, the Beadle himself perhaps in a milder manifestation, set before us, wreathed in napkins, a confection which rose all sugar from the waves. To call it pudding and so relate it to rice and tapioca would be an insult. Meanwhile the wineglasses had flushed yellow and flushed crimson; had been emptied; had been filled. And thus by degrees was lit, half-way down the spine, which is the seat of the soul, not that hard little electric light which we call brilliance, as it pops in and out upon our lips, but the more profound, subtle and subterranean glow which is the rich yellow flame of rational intercourse. No need to hurry. No need to sparkle. No need to be anybody but oneself. We are all going to heaven and Vandyck is of the company—in other words, how good life seemed, how sweet its rewards, how trivial this grudge or that grievance, how admirable friendship and the society of one's kind, as, lighting a good cigarette, one sunk among the cushions in the window-seat.

If by good luck there had been an ash-tray handy, if one had not knocked the ash out of the window in default, if things had been a little different from what they were, one would not have seen, presumably, a cat without a tail. The sight of that abrupt and truncated animal padding softly across the quadrangle changed by some fluke of the subconscious intelligence the emotional light for me. It was as if someone had let fall a shade. Perhaps the excellent hock was relinquishing its hold. Certainly, as I watched the Manx cat pause in the middle of the lawn as if it too questioned the universe, something seemed lacking, something seemed different. But what was lacking, what was different, I asked myself, listening to the talk? And to answer that question I had to think myself out of the room, back into the past, before the war indeed, and to set before my eyes the model of another luncheon party held in rooms not very far distant from these; but different. Everything was different. Meanwhile the talk went on among the guests, who were many and young, some of this sex, some of that; it went on swimmingly, it went on agreeably, freely, amusingly. And as it went on I set it against the background of that other talk, and as I matched the two together I had no doubt that one was the descendant, the legitimate heir of the other. Nothing was changed; nothing was different save only here I listened with all my ears not entirely to what was being said, but to the murmur or current behind it.

Yes, that was it—the change was there. Before the war at a luncheon party like this people would have said precisely the same things but they would have sounded different, because in those days they were accompanied by a sort of humming noise, not articulate, but musical, exciting, which changed the value of the words themselves. Could one set that humming noise to words? Perhaps with the help of the poets one could.. A book lay beside me and, opening it, I turned casually enough to Tennyson. And here I found Tennyson was singing:

There has fallen a splendid tear
From the passion-flower at the gate.
She is coming, my dove, my dear;
She is coming, my life, my fate;
The red rose cries, 'She is near,
she is near';
And the white rose weeps, 'She is late';
The larkspur listens, 'I hear,
I hear';
And the lily whispers, 'I wait.'

Was that what men hummed at luncheon parties before the war? And the women?

My heart is like a singing bird
Whose nest is in a water'd shoot;
My heart is like an apple tree
Whose boughs are bent with thick-set fruit,
My heart is like a rainbow shell
That paddles in a halcyon sea;
My heart is gladder than all these
Because my love is come to me.

Was that what women hummed at luncheon parties before the war?

There was something so ludicrous in thinking of people humming such things even under their breath at luncheon parties before the war that I burst out laughing. and had to explain my laughter by pointing at the Manx cat, who did look a little absurd, poor beast, without a tail, in the middle of the lawn. Was he really born so, or had he lost his tail in an accident? The tailless cat, though some are said to exist in the Isle of Man, is rarer than one thinks. It is a queer animal, quaint rather than beautiful. It is strange what a difference a tail makes—you know the sort of things one says as a lunch party breaks up and people are finding their coats and hats.

This one, thanks to the hospitality of the host, had lasted far into the afternoon. The beautiful October day was fading and the leaves were falling from the trees in the avenue as I walked through it. Gate after gate seemed to close with gentle finality behind me. Innumerable beads were fitting innumerable keys into well-oiled locks; the treasure-house was being made secure for another night. After the avenue one comes out upon a road—I forget its name—which leads you, if you take the right turning, along to Fernham. But there was plenty of time. Dinner was not till half-past seven. One could almost do without dinner after such a luncheon. It is strange how a scrap of poetry works in the mind and makes the legs move in time to it along the road. Those words——

There has fallen a splendid tear
From the passion-flower at the gate.
She is coming, my dove, my dear——

sang in my blood as I stepped quickly along towards Headingley. And then, switching off into the other measure, I sang, where the waters are churned up by the weir:

My heart is like a singing bird
Whose nest is in a water'd shoot;
My heart is like an apple tree . . .

What poets, I cried aloud, as one does in the dusk, what poets they were!

In a sort of jealousy, I suppose, for our own age, silly and absurd though these comparisons are, I went on to wonder if honestly one could name two living poets now as great as Tennyson and Christina Rossetti were then. Obviously it is impossible, I thought, looking into those foaming waters, to compare them. The very reason why that poetry excites one to such abandonment, such rapture, is that it celebrates some feeling that one used to have (at luncheon parties before

the war perhaps), so that one responds easily, familiarly, without troubling to check the feeling, or to compare it with any that one has now. But the living poets express a feeling that is actually being made and torn out of us at the moment. One does not recognize it in the first place; often for some reason one fears it; one watches it with keenness and compares it jealously and suspiciously with the old feeling that one knew. Hence the difficulty of modern poetry; and it is because of this difficulty that one cannot remember more than two consecutive lines of any good modern poet. For this reason—that my memory failed me—the argument flagged for want of material. But why, I continued, moving on towards Headingley, have we stopped humming under our breath at luncheon parties? Why has Alfred ceased to sing
She is coming, my dove, my dear.

Why has Christina ceased to respond

My heart is gladder than all these
Because my love is come to me?

Shall we lay the blame on the war? When the guns fired in August 1914, did the faces of men and women show so plain in each other's eyes that romance was killed? Certainly it was a shock (to women in particular with their illusions about education, and so on) to see the faces of our rulers in the light of the shell-fire. So ugly they looked—German, English, French—so stupid. But lay the blame where one will, on whom one will, the illusion which inspired Tennyson and Christina Rossetti to sing so passionately about the coming of their loves is far rarer now than then. One has only to read, to look, to listen, to remember. But why say 'blame'? Why, if it was an illusion, not praise the catastrophe, whatever it was, that destroyed illusion and put truth in its place? For truth . . . those dots mark the spot where, in search of truth, I missed the turning up to Fernham. Yes indeed, which was truth and which was illusion? I asked myself. What was the truth about these houses, for example, dim and festive now with their red windows in the dusk, but raw and red and squalid, with their sweets and their bootlaces, at nine o'clock in the morning? And the willows and the river and the gardens that run down to the river, vague now with the mist stealing over them, but gold and red in the sunlight—which was the truth, which was the illusion about them? I spare you the twists and turns of my cogitations, for no conclusion was found on the road to Headingley, and I ask You to suppose that I soon found out my mistake about the turning and retraced my steps to Fernham.

As I have said already that it was an October day, I dare not forfeit your respect and imperil the fair name of fiction by changing the season and describing lilacs hanging over garden walls, crocuses, tulips and other flowers of spring. Fiction must stick to facts, and the truer the facts the better the fiction—so we are told. Therefore it was still autumn and the leaves were still yellow and falling, if anything, a little faster than before, because it was now evening (seven twenty-three to be precise) and a breeze (from the south-west to be exact) had risen. But for all that there was something odd at work:

My heart is like a singing bird
Whose nest is in a water'd shoot;
My heart is like an apple tree
Whose boughs are bent with thick-set fruit—

perhaps the words of Christina Rossetti were partly responsible for the folly of the fancy—it was nothing of course but a fancy—that the lilac was shaking its flowers over the garden walls, and the brimstone butterflies were scudding hither and thither, and the dust of the pollen was in the air. A wind blew, from what quarter I know not, but it lifted the half-grown leaves so that there was a flash of silver grey in the air. It was the time between the lights when colours undergo their intensification and purples and golds burn in window-panes like the beat of an

excitable heart; when for some reason the beauty of the world revealed and yet soon to perish (here I pushed into the garden, for, unwisely, the door was left open and no beadles seemed about), the beauty of the world which is so soon to perish, has two edges, one of laughter, one of anguish, cutting the heart asunder. The gardens of Fernham lay before me in the spring twilight, wild and open, and in the long grass, sprinkled and carelessly flung, were daffodils and bluebells, not orderly perhaps at the best of times, and now wind-blown and waving as they tugged at their roots. The windows of the building, curved like ships' windows among generous waves of red brick, changed from lemon to silver under the flight of the quick spring clouds. Somebody was in a hammock, somebody, but in this light they were phantoms only, half guessed, half seen, raced across the grass—would no one stop her?—and then on the terrace, as if popping out to breathe the air, to glance at the garden, came a bent figure, formidable yet humble, with her great forehead and her shabby dress—could it be the famous scholar, could it be J— H— herself? All was dim, yet intense too, as if the scarf which the dusk had flung over the garden were torn asunder by star or sword—the gash of some terrible reality leaping, as its way is, out of the heart of the spring. For youth— Here was my soup. Dinner was being served in the great dining-hall. Far from being spring it was in fact an evening in October. Everybody was assembled in the big dining-room. Dinner was ready. Here was the soup. It was a plain gravy soup. There was nothing to stir the fancy in that. One could have seen through the transparent liquid any pattern that there might have been on the plate itself. But there was no pattern. The plate was plain. Next came beef with its attendant greens and potatoes—a homely trinity, suggesting the rumps of cattle in a muddy market, and sprouts curled and yellowed at the edge, and bargaining and cheapening and women with string bags on Monday morning. There was no reason to complain of human nature's daily food, seeing that the supply was sufficient and coal-miners doubtless were sitting down to less. Prunes and custard followed. And if anyone complains that prunes, even when mitigated by custard, are an uncharitable vegetable (fruit they are not), stringy as a miser's heart and exuding a fluid such as might run in misers' veins who have denied themselves wine and warmth. for eighty years and yet not given to the poor, he should reflect that there are people whose charity embraces even the prune. Biscuits and cheese came next, and here the water-jug was liberally passed round, for it is the nature of biscuits to be dry, and these were biscuits to the core. That was all. The meal was over. Everybody scraped their chairs back; the swing-doors swung violently to and fro; soon the hall was emptied of every sign of food and made ready no doubt for breakfast next morning. Down corridors and up staircases the youth of England went banging and singing. And was it for a guest, a stranger (for I had no more right here in Fernham than in Trinity or Somerville or Girton or Newnham or Christchurch), to say, 'The dinner was not good,' or to say (we were now, Mary Seton and I, in her sitting-room), 'Could we not have dined up here alone?' for if I had said anything of the kind I should have been prying and searching into the secret economies of a house which to the stranger wears so fine a front of gaiety and courage. No, one could say nothing of the sort. Indeed, conversation for a moment flagged. The human frame being what it is, heart, body and brain all mixed together, and not contained in separate compartments as they will be no doubt in another million years, a good dinner is of great importance to good talk. One cannot think well, love well, sleep well, if one has not dined well. The lamp in the spine does not light on beef and prunes. We are all PROBABLY going to heaven, and Vandyck is, we HOPE, to

meet us round the next corner—that is the dubious and qualifying state of mind that beef and prunes at the end of the day's work breed between them. Happily my friend, who taught science, had a cupboard where there was a squat bottle and little glasses—(but there should have been sole and partridge to begin with)—so that we were able to draw up to the fire and repair some of the damages of the day's living. In a minute or so we were slipping freely in and out among all those objects of curiosity and interest which form in the mind in the absence of a particular person, and are naturally to be discussed on coming together again—how somebody has married, another has not; one thinks this, another that; one has improved out of all knowledge, the other most amazingly gone to the bad—with all those speculations upon human nature and the character of the amazing world we live in which spring naturally from such beginnings. While these things were being said, however, I became shamefacedly aware of a current setting in of its own accord and carrying everything forward to an end of its own. One might be talking of Spain or Portugal, of book or racehorse, but the real interest of whatever was said was none of those things, but a scene of masons on a high roof some five centuries ago. Kings and nobles brought treasure in huge sacks and poured it under the earth. This scene was for ever coming alive in my mind and placing itself by another of lean cows and a muddy market and withered greens and the stringy hearts of old men—these two pictures, disjointed and disconnected and nonsensical as they were, were for ever coming together and combating each other and had me entirely at their mercy. The best course, unless the whole talk was to be distorted, was to expose what was in my mind to the air, when with good luck it would fade and crumble like the head of the dead king when they opened the coffin at Windsor. Briefly, then, I told Miss Seton about the masons who had been all those years on the roof of the chapel, and about the kings and queens and nobles bearing sacks of gold and silver on their shoulders, which they shovelled into the earth; and then how the great financial magnates of our own time came and laid cheques and bonds, I suppose, where the others had laid ingots and rough lumps of gold. All that lies beneath the colleges down there, I said; but this college, where we are now sitting, what lies beneath its gallant red brick and the wild unkempt grasses of the garden? What force is behind that plain china off which we dined, and (here it popped out of my mouth before I could stop it) the beef, the custard and the prunes?

Well, said Mary Seton, about the year 1860—Oh, but you know the story, she said, bored, I suppose, by the recital. And she told me—rooms were hired. Committees met. Envelopes were addressed. Circulars were drawn up. Meetings were held; letters were read out; so-and-so has promised so much; on the contrary, Mr — won't give a penny. The SATURDAY REVIEW has been very rude. How can we raise a fund to pay for offices? Shall we hold a bazaar? Can't we find a pretty girl to sit in the front row? Let us look up what John Stuart Mill said on the subject. Can anyone persuade the editor of the — to print a letter? Can we get Lady — to sign it? Lady — is out of town. That was the way it was done, presumably, sixty years ago, and it was a prodigious effort, and a great deal of time was spent on it. And it was only after a long struggle and with the utmost difficulty that they got thirty thousand pounds together.[1] So obviously we cannot have wine and partridges and servants carrying tin dishes on their heads, she said. We cannot have sofas and separate rooms. 'The amenities,' she said, quoting from some book or other, 'will have to wait.'[2]

[1] 'We are told that we ought to ask for £30,000 at least. . . . It is not a large sum, considering that there is to be but one college of this sort for Great Britain,

Ireland and the Colonies, and considering how easy it is to raise immense sums for boys' schools. But considering how few people really wish women to be educated, it is a good deal.'—LADY STEPHEN, EMILY DAVIES AND GIRTON COLLEGE.

[2] Every penny which could be scraped together was set aside for building, and the amenities had to be postponed. —R. STRACHEY, THE CAUSE.

At the thought of all those women working year after year and finding it hard to get two thousand pounds together, and as much as they could do to get thirty thousand pounds, we burst out in scorn at the reprehensible poverty of our sex. What had our mothers been doing then that they had no wealth to leave us? Powdering their noses? Looking in at shop windows? Flaunting in the sun at Monte Carlo? There were some photographs on the mantelpiece. Mary's mother—if that was her picture—may have been a wastrel in her spare time (she had thirteen children by a minister of the church), but if so her gay and dissipated life had left too few traces of its pleasures on her face. She was a homely body; an old lady in a plaid shawl which was fastened by a large cameo; and she sat in a basket-chair, encouraging a spaniel to look at the camera, with the amused, yet strained expression of one who is sure that the dog will move directly the bulb is pressed. Now if she had gone into business; had become a manufacturer of artificial silk or a magnate on the Stock Exchange; if she had left two or three hundred thousand pounds to Fernham, we could have been sitting at our ease to-night and the subject of our talk might have been archaeology, botany, anthropology, physics, the nature of the atom, mathematics, astronomy, relativity, geography. If only Mrs Seton and her mother and her mother before her had learnt the great art of making money and had left their money, like their fathers and their grandfathers before them, to found fellowships and lectureships and prizes and scholarships appropriated to the use of their own sex, we might have dined very tolerably up here alone off a bird and a bottle of wine; we might have looked forward without undue confidence to a pleasant and honourable lifetime spent in the shelter of one of the liberally endowed professions. We might have been exploring or writing; mooning about the venerable places of the earth; sitting contemplative on the steps of the Parthenon, or going at ten to an office and coming home comfortably at half-past four to write a little poetry. Only, if Mrs Seton and her like had gone into business at the age of fifteen, there would have been—that was the snag in the argument—no Mary. What, I asked, did Mary think of that? There between the curtains was the October night, calm and lovely, with a star or two caught in the yellowing trees. Was she ready to resign her share of it and her memories (for they had been a happy family, though a large one) of games and quarrels up in Scotland, which she is never tired of praising for the fineness of its air and the quality of its cakes, in order that Fernham might have been endowed with fifty thousand pounds or so by a stroke of the pen? For, to endow a college would necessitate the suppression of families altogether. Making a fortune and bearing thirteen children—no human being could stand it. Consider the facts, we said. First there are nine months before the baby is born. Then the baby is born. Then there are three or four months spent in feeding the baby. After the baby is fed there are certainly five years spent in playing with the baby. You cannot, it seems, let children run about the streets. People who have seen them running wild in Russia say that the sight is not a pleasant one. People say, too, that human nature takes its shape in the years between one and five. If Mrs Seton, I said, had been making money, what sort of memories would you have had of games and quarrels? What would you have

known of Scotland, and its fine air and cakes and all the rest of it? But it is useless to ask these questions, because you would never have come into existence at all. Moreover, it is equally useless to ask what might have happened if Mrs Seton and her mother and her mother before her had amassed great wealth and laid it under the foundations of college and library, because, in the first place, to earn money was impossible for them, and in the second, had it been possible, the law denied them the right to possess what money they earned. It is only for the last forty-eight years that Mrs Seton has had a penny of her own. For all the centuries before that it would have been her husband's property—a thought which, perhaps, may have had its share in keeping Mrs Seton and her mothers off the Stock Exchange. Every penny I earn, they may have said, will be taken from me and disposed of according to my husband's wisdom—perhaps to found a scholarship or to endow a fellowship in Balliol or Kings, so that to earn money, even if I could earn money, is not a matter that interests me very greatly. I had better leave it to my husband.

At any rate, whether or not the blame rested on the old lady who was looking at the spaniel, there could be no doubt that for some reason or other our mothers had mismanaged their affairs very gravely. Not a penny could be spared for 'amenities'; for partridges and wine, beadles and turf, books and cigars, libraries and leisure. To raise bare walls out of bare earth was the utmost they could do. So we talked standing at the window and looking, as so many thousands look every night, down on the domes and towers of the famous city beneath us. It was very beautiful, very mysterious in the autumn moonlight. The old stone looked very white and venerable. One thought of all the books that were assembled down there; of the pictures of old prelates and worthies hanging in the panelled rooms; of the painted windows that would be throwing strange globes and crescents on the pavement; of the tablets and memorials and inscriptions; of the fountains and the grass; of the quiet rooms looking across the quiet quadrangles. And (pardon me the thought) I thought, too, of the admirable smoke and drink and the deep armchairs and the pleasant carpets: of the urbanity, the geniality, the dignity which are the offspring of luxury and privacy and space. Certainly our mothers had not provided us with any thing comparable to all this—our mothers who found it difficult to scrape together thirty thousand pounds, our mothers who bore thirteen children to ministers of religion at St Andrews.

So I went back to my inn, and as I walked through the dark streets I pondered this and that, as one does at the end of the day's work. I pondered why it was that Mrs Seton had no money to leave us; and what effect poverty has on the mind; and what effect wealth has on the mind; and I thought of the queer old gentlemen I had seen that morning with tufts of fur upon their shoulders; and I remembered how if one whistled one of them ran; and I thought of the organ booming in the chapel and of the shut doors of the library; and I thought how unpleasant it is to be locked out; and I thought how it is worse perhaps to be locked in; and, thinking of the safety and prosperity of the one sex and of the poverty and insecurity of the other and of the effect of tradition and of the lack of tradition upon the mind of a writer, I thought at last that it was time to roll up the crumpled skin of the day, with its arguments and its impressions and its anger and its laughter, and cast it into the hedge. A thousand stars were flashing across the blue wastes of the sky. One seemed alone with an inscrutable society. All human beings were laid asleep—prone, horizontal, dumb. Nobody seemed stirring in the streets of Oxbridge. Even the door of the hotel sprang open at the

touch of an invisible hand—not a boots was sitting up to light me to bed, it was so late.

PUBLICADO POR MARIAH EN 3:05 0 COMENTARIOS ✉✎

VIERNES 11 DE ENERO DE 2008

LA RESPUESTA: EL CUARTO PROPIO



En el cuarto propio, Virginia Wolf, en pocas palabras me respondió unos años más tarde, cuando devoraba libros con una pasión ardiente, lo que para mi maestra fue una desfachatez y ganas de hacer perder el tiempo al señor del Museo, un hombre trajeado con aspecto de inspector de hacienda o de cesante decimonónico aunque esta yuxtaposición sea casi una redundancia.

Para escribir novelas, una mujer debe tener dinero y un cuarto propio

"Un cuarto propio" es un ensayo en el que **Virginia Wolf** reflexiona en el papel de las mujeres en la literatura.

"Durante todos estos siglos, las mujeres han servido de espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar la figura del hombre al doble de su tamaño natural. Sin este poder la tierra sería todavía, probablemente ciénaga y jungla. No se conocerían las glorias de nuestras guerras. (...) Esto sirve para explicar, en parte, lo necesarias que las mujeres son, tan a menudo para los hombres. Y sirve para explicar lo que les inquieta la crítica a ellas; lo imposible que es para ella decirles que este libro es malo, ese cuadro flojo, o lo que sea, sin causar mucho más dolor y provocar mucha más ira que las que causaría un hombre que hiciese la misma crítica. Porque si ella empieza a decir la verdad, la figura del espejo se encoje. "

" Si una mujer escribía, tendría que hacerlo en el cuarto de estar común. Y, como lamentaría con vehemencia la señorita Nightingale, "las mujeres no tienen nunca media hora... que puedan llamar suya".

Encerradas en la religión, la historia, la ideología masculina dominante, sin acceso a la cultura, a los mínimos rudimentos de conocimiento, como objetos decorativos o animales de carga. Sobrevivimos entre el mito terrible de María vírgen sacrificada y Eva hechicera y pecadora, y eso es ya mucho, y alguna pudo romper este rígido cinturón de castidad creativa y lucir con luz propia.

A todas ellas va dedicado este blog.

La primera tú. LA GRAN VIRGINIA WOLF.

PUBLICADO POR MARIAH EN 4:55 0 COMENTARIOS  

¿POR QUÉ NO PINTABAN LAS MUJERES?



Me tomé la leche hirviendo y me quemé la lengua. Siempre sucedía algo para impedirme gozar con plenitud de las cosas. Eso pensaba entonces, aunque después, con el correr de los años, entendí que ese escozor persistente intensificó las emociones y salvó los recuerdos de la nada.

El autobús esperaba en la verja de las escuelas. Era el autobús más nuevo que habíamos visto nunca, acostumbrados al herrumbroso furgón de línea que llevaba a la capital.

Ibamos a Madrid, a ver el Museo del Prado.

Un puñado de niños, la mayoría mal vestidos, y un par de maestras de gesto estricto y vestimenta espartana, me acompañaban al mayor descubrimiento de mi vida:

EL ARTE

El viaje fue largo y duro en un país sin autovías, montañoso y mal comunicado. Pero, la patria de la infancia es capaz de hacer habitable la peor de las miserias. Madrid era fea y olía a aspirina.

Me asustaron los edificios tan altos y la imagen de albañiles trabajando en las alturas, como aves desvalidas y grávidas.

No me adapté, como siempre, no formé parte de las visceras del grupo, no latí con su felicidad, ni canté sus canciones, ni reí sus euforias.

Yo siempre fui un bicho raro. Una niña con delirios de grandeza. Una pequeña diosa distante. Un ser desvalido y orgulloso.

Pero, cuando sentí el ruido de pasos dentro del museo y me detuve ante la maravilla de las Meninas (donde diablos se situó el pintor, porque jugaba conmigo al escondite con aquel espejo al fondo desde el que debiera mirar yo o desde el que

miraban los retratados que no aparecían en el cuadro) o ante el horror de las feroces mandíbulas devorando al niño, aquel espectáculo único de crueldad y fealdad que sin embargo atraía tanto como el bonito pelo de la infanta Margarita; supe que nada en mi vida volvería a ser como antes.

Diego, Francisco, Antonio, Manuel, Luis....

La señorita Loli nos miró sonriente, también empequeñecida por la grandeza del museo, y por el mito de la superioridad de las personas de ciudad, y nos preguntó susurrando (en los museos como en las bibliotecas se debía susurrar, como si la voz tuviese un componente abrasivo para las pinturas)

- Alguna pregunta, niños

Hubo un silencio incómodo.

Yo levanté la mano con timidez

- ¿María?

- ¿Por qué no pintaban las mujeres?

PUBLICADO POR MARIAH EN 0:04 0 COMENTARIOS  

febrero 2008 Página principal

Suscribirse a: Entradas (Atom)

ARCHIVO DEL BLOG

- ? 2008 (33)
 - ? agosto (2)
 - 8 LA MUJER EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA El estudio de ...
 - SER MUJER EN LA GRECIA ANTIGUA
 - ? febrero (17)
 - Reina Tausert
 - Nefertari
 - Hetepheres
 - Henutsen
 - Anjnesmerire
 - Anjesenamon
 - Amenirdis
 - Ahmes Nefertari
 - LAS JOYAS DE AHHOTEP
 - AHHOTEP I
 - La reina Karomana
 - DIE HEXE (LA BRUJA)
 - Deir el Bahari: El templo de la reina
 - HATSHEPSUT
 - Mujeres escritas y artistas: Antiguo Egipto
 - Goddess eyes
 - La mujer en el Antiguo Egipto
 - ? enero (14)
 - DESNUDAS EN LOS MUSEOS
 - LAS DIOSAS DEL TIGRIS Y EL EUFRATES
 - LA MUJER EN LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES HISTÓRICAS...
 - ROBERT GRAVES: MITOS GRIEGOS Y LA DIOSA BLANCA

- La cerámica neolítica
- MATRIARCADO Y MATRILINEALIDAD
- Tránsito de las culturas matrilineales a la patria...
- Perlas de la misoginia mundial
- STONE AGE' S WOMEN
- Las Venus
- Las pintoras y escultoras paleolíticas
- Virginia Wolf: A room of one's own
- LA RESPUESTA: EL CUARTO PROPIO
- ¿POR QUÉ NO PINTABAN LAS MUJERES?



MADE BY WOMEN: BIBLIOTECA DE MUJERES ARTISTAS

- Virginia Wolf: Carta a mujeres. Recoge algunas de las cartas escritas por Virginia Woolf a su hermana, la pintora Vanessa Bell, a Emma Vaughan, Victoria Ocampo, Violet Dickinson, Ethel Smith y Vita Sackville West.

COCHES

